

Artículos

Combatiendo a la guerrilla: Estados Unidos y la estrategia de conflictos de baja intensidad en El Salvador¹

Tommie Sue Montgomery
Agnes Scott College

Resumen

Los militares estadounidenses han dado por sentado, desde la década de los cuarenta, que Estados Unidos intervendría siempre en América Latina para moldear el área a su gusto. Sin cuestionarse, han aceptado el mito predominante de que Estados Unidos puede hacer precisamente tal cosa, y que puede hacerlo obteniendo buenos resultados. Y quizás más importante aún, perpetúan el concepto de que Estados Unidos tiene necesidad de intervenir para proteger los intereses que, según ellos, se encuentran amenazados por (en este caso) los insurgentes salvadoreños. Y revelan que para los autores de la política estadounidense actual, El Salvador es nada más que un laboratorio para comprobar las últimas teorías sobre "guerras pequeñas".

Aquí pretendemos demostrar que este "experimento" estaba destinado al fracaso desde el principio, en buena medida, por las razones analizadas por los coroneles estadounidenses, pero también por otras muchas que ellos ignoran.

La guerra de guerrillas comunista es una de las armas más potentes del arsenal de la agresión del comunismo internacional. Por lo tanto, es de suma importancia para los intereses de seguridad de Estados Unidos tomar todas las medidas posibles ... para prepararse

para contrarrestar ese tipo de guerra de guerrillas a nivel coordinado y mundial² (1951).

Mientras [Estados Unidos] siga siendo un poder importante, se encontrará comprometido en conflictos como el de El Salvador; [esto]

*representa un experimento, un intento para revertir la serie de fracasos que se han producido en la conducción norteamericana de guerras pequeñas, un esfuerzo para derrocar un movimiento insurgente por medio del entrenamiento y del apoyo material sin tener que comprometer tropas norteamericanas en el campo de batalla*³ (1988).

1. Introducción

Entre 1987 y 1988, cuatro tenientes coroneles del ejército de Estados Unidos estudiaron durante un año en la Escuela de gobierno "John F. Kennedy" de la Universidad de Harvard. En un proyecto conjunto, decidieron analizar la política estadounidense de contrainsurgencia en El Salvador, puesta en práctica desde finales de 1981. El resultado del estudio, presentado en la Universidad de Harvard, refleja una apreciación honesta, y a veces una condena rotunda, de dicha política. El estudio es también revelador: las líneas citadas al comienzo sugieren lo poco que se ha aprendido desde la década de los cuarenta, cuando Estados Unidos participó por primera vez en una guerra moderna de contrainsurgencia, en Grecia. Estos coroneles, al igual que los analistas y políticos que los precedieron durante cuatro décadas, dieron por sentado que Estados Unidos seguiría interviniendo en América Latina y en otros lugares del mundo como parte de su esfuerzo para moldear a su gusto ésta y otras regiones.

Han aceptado sin cuestionarse el mito predominante de que Estados Unidos puede hacer precisamente tal cosa, y que puede hacerlo obteniendo buenos resultados. Y quizás más importante aún, perpetúan el concepto de que Estados Unidos tiene *necesidad* de intervenir para proteger los intereses que, según ellos, se encuentran amenazados por (en este caso) los insurgentes salvadoreños. Y revelan que para los autores de la política estadounidense actual, El Salvador es nada más que un laboratorio para comprobar las últimas teorías sobre "guerras pequeñas".

Desde el punto de vista ético es inaceptable una política como ésta, que considera cierta extensión territorial con cinco millones de seres humanos como un "experimento", sobre todo cuando

más de 70,000 personas han muerto desde el inicio de dicho "experimento" estadounidense, en 1981. Pero ése no es el propósito del presente estudio. Aquí pretendemos demostrar que este "experimento" estaba destinado al fracaso desde el principio, en buena medida, por las razones analizadas por los coroneles, pero también por otras muchas que ellos ignoran. Tal como observó Michael D. Shafer en su novedoso estudio sobre la política de contrainsurgencia de Estados Unidos:

Hay dos problemas que atormentan las políticas y los programas de contrainsurgencia elaborados por Estados Unidos: son contraproducentes e irrelevantes. Los autores de estas políticas se han equivocado al analizar el origen de los movimientos insurgentes, han subestimado las limitaciones en cuanto a la voluntad y la capacidad de las fuerzas locales para implementar las reformas recomendadas y han sobreestimado el papel de Estados Unidos como promotor foráneo de la seguridad y del desarrollo⁴.

2. El concepto⁵

Los primeros esfuerzos de Estados Unidos para implementar las políticas que finalmente fueron asociadas con la contrainsurgencia o los conflictos de baja intensidad comenzaron en la época de la guerra civil griega de 1947 y continuaron con la rebelión de los *Hukbalahaps* de Filipinas, en 1950-1951. Por lo general, la derrota de ambos movimientos insurgentes se explica como una consecuencia de la política de Estados Unidos en los dos casos. Pero Michael Shafer argumenta de modo convincente que, en ambos casos, el éxito logrado en la guerra contra los movimientos insurgentes tenía mucho más que ver con las condiciones internas y las políticas implementadas por los gobiernos respectivos —las cuales, sobre todo en el caso de Grecia, iban en contra de la asesoría y los esfuerzos de Estados Unidos— que con la política estadounidense en sí. Por otro lado, además de atribuirse el mérito de haber ganado estas guerras, los autores de estas políticas han desconocido o ignorado las verdaderas lecciones que estos dos casos tan distintos, en términos de sus respectivos movimientos insurgentes, gobiernos y

Este “experimento” estaba destinado al fracaso desde el principio...

dirigentes políticos, así como la relación entre estos factores, han dejado⁶.

Estados Unidos volvió a repetir estos errores en Vietnam, donde las consecuencias fueron ignominiosas. Aunque muchos militares y miembros de la CIA se opusieron hasta el final, Estados Unidos se fue comprometiendo progresivamente bajo el manto de la “contrainsurgencia”, término de moda en la década de los sesenta, y, al mismo tiempo, se fue equivocando sobre el carácter del gobierno de Vietnam del Sur, sobre las debilidades de su ejército y sobre la naturaleza y voluntad del Vietcong y de Vietnam del Norte. Durante el mismo período, ante la revolución cubana, Estados Unidos empezó a buscar una alternativa para América Latina, que fuera distinta tanto del modelo de las dictaduras militares de derecha como de las revoluciones de izquierda. El programa desarrollado al amparo de la *Alianza para el progreso* estaba integrado por tres dimensiones, la política, la económica y la militar. La dimensión militar hacía énfasis en la “contrainsurgencia”, la dimensión económica promovía un modelo de desarrollo capitalista y el enfoque político enfatizaba un “tercer camino” de reformismo entre la Escala de las revoluciones de izquierda y el Caribdis de las dictaduras militares de derecha.

El enamoramiento del presidente John F. Kennedy con la COIN (tal como se conoció a la contrainsurgencia) llevó a la creación de los *boinas verdes*, así como también a la de otras fuerzas especiales. De esta forma, aunque Estados Unidos fue obligada a permanecer fuera de Indochina cuando los franceses la abandonaron en 1954, la creación de estas fuerzas, a comienzos de los sesenta, condujo directamente a Estados Unidos a Vietnam. La debacle del sudeste de Asia llevó a la revisión de la política, de la cual salió la llamada “doctrina Nixon”, que puso el peso de la COIN sobre los hombros de los aliados amenazados, iniciando al mismo tiempo la reducción de la capacidad contrainsurgente de Estados Unidos.

Mientras tanto, en 1968, el senado estadounidense autorizó un estudio sobre “La insurgencia

en América Latina”. El estudio recomendó, entre otras cosas, aumentar el énfasis en la profesionalización de las fuerzas policíacas y paramilitares de América Latina; mejorar las capacidades de las agencias latinoamericanas de inteligencia para recoger y analizar información; prestar mayor atención a los estudiantes, “quienes a nivel de secundaria así como a nivel universitario constituyen una de las fuentes permanentes de la insurgencia en América Latina”; y enfatizar el desarrollo rural⁷.

Este estudio apareció en medio de una tendencia hemisférica hacia los gobiernos militares autoritarios, la cual continuó durante la década de los ochenta. Por lo tanto, es notable que los dos primeros elementos mencionados estén relacionados con las capacidades militares; solamente el último está relacionado con reformas económicas. Este énfasis en el aspecto militar ha persistido a través de los años y, como veremos más adelante, ha tenido una profunda influencia en la política estadounidense de conflictos de baja intensidad en El Salvador.

Si la palabra clave de los sesenta fue “contrainsurgencia”, el término “conflictos de baja intensidad” la reemplazó en los ochenta. Según Michael T. Klare y Peter Kornbluh:

El conflicto de baja intensidad tiene sus raíces en la contrainsurgencia, y abarca también una gran variedad de operaciones político-militares de otro tipo, tanto abiertas como encubiertas. Sin embargo, para los autores de la política estadounidense y para los estrategas militares, el conflicto de baja intensidad ha llegado a significar mucho más que una forma especializada de lucha armada; representa una reorientación estratégica del estamento militar estadounidense y un compromiso renovado para usar la fuerza en una cruzada global contra los movimientos y gobiernos revolucionarios del tercer mundo⁸.

Sin embargo, “antes de 1987, no existía ninguna política de seguridad nacional ni ninguna es-

trategia para [el conflicto de baja intensidad]. De hecho, no había consenso en ninguno de los niveles gubernamentales sobre una definición...". Finalmente, en julio de 1988, el Estado mayor conjunto adoptó la siguiente definición:

El conflicto de baja intensidad es una confrontación político-militar entre estados o grupos contendientes, más pequeño que la guerra convencional, que frecuentemente consiste en luchas prolongadas a causa de principios o ideologías contrarias [y] comprende desde la subversión hasta el uso de la fuerza armada. Se libra por medio de una combinación de... instrumentos políticos, económicos, informativos y militares. Frecuentemente [los conflictos de baja intensidad] se encuentran localizados, por lo general, en el tercer mundo, pero con implicaciones regionales y globales... Las operaciones exitosas de los conflictos de baja intensidad... pueden contribuir a que Estados Unidos consiga sus objetivos internacionales, tales como el aumento de libertad, de las instituciones democráticas y de las economías de mercado libre¹⁰.

En otras palabras, tal como lo dijo Michael Shafer, "las recetas para contrarrestar la insurgencia han estado conformadas por tres grandes deberes: seguridad, buen gobierno y progreso"¹¹. El problema, tal como Shafer lo comenta más adelante, radica en que estos "tres deberes" dan por sentado (a) que la inseguridad tiene origen externo (b) "que los gobernantes están interesados en el 'buen gobierno' y que están capacitados para gobernar bien y (c) que los insurgentes tienen la misma idea de 'progreso' que nosotros. Dicho en otras palabras, dado que lo opuesto a cada uno de estos supuestos es verdadero, la consecución de estos tres deberes, tal como *nosotros* los hemos concebido para ellos", en El Salvador, ha creado una gran inseguridad, mal gobierno y regresión económica¹².

3. Los antecedentes

Estas tres características, sin embargo, tienen raíces que se remontan hasta el golpe de Estado de diciembre de 1931. Con esto golpe, el ejército sustituyó a la oligarquía en la conducción del Es-

tado y en el mantenimiento del orden, mientras que aquella siguió dirigiendo la economía nacional. El campesinado, silenciado por la masacre que siguió al levantamiento que tuvo lugar seis semanas después del golpe, no volvió a dar señales de vida hasta los setenta. Periódicamente, los grupos urbanos se movilizaban para exigir reformas políticas y económicas, pero fueron reprimidos sistemáticamente. A principios de los sesenta, la democracia cristiana estaba creciendo en América Latina y Estados Unidos se aprovechó de ella como una tercera vía para el desarrollo económico y para las reformas políticas, entre la revolución izquierdista y la dictadura militar. En El Salvador, algunos funcionarios estadounidenses concibieron un proceso, dirigido por la democracia cristiana, para pasar del régimen militar al civil —asumiendo equivocadamente que el ejército se rendiría voluntariamente. Por lo tanto, el aspecto militar de la política estadounidense, que pretendía evitar "otras Cubas", mejorando las fuerzas de seguridad del Estado, reforzó las manos de los militares más que la de los civiles.

En 1963, Estados Unidos inició la implementación de esta política en El Salvador, enviando diez *boinas verdes* para proporcionar entrenamiento contrainsurgente. El general José Alberto Medrano, alto jefe de la Guardia Nacional y miembro del alto mando de la Fuerza Armada, fue seleccionado para supervisar el trabajo. Medrano organizó una compleja red paramilitar y de inteligencia, que se extendía desde Casa Presidencial hasta el cantón más remoto del país. ORDEN (Organización Democrática Nacionalista) fue su arma rural y, según Medrano, su objetivo era "indocinar a los campesinos acerca de las ventajas del sistema democrático y de las desventajas del sistema comunista". Los campesinos identificados como "comunistas" fueron sometidos a "acciones apropiadas", lo cual, en la mayoría de los casos, significó asesinato. Los *boinas verdes* ayudaron a Medrano a desarrollar la estructura y la ideología de ORDEN, luego entrenaron a un equipo de oficiales salvadoreños, incluyendo a Nicolás Carranza, Domingo Monterrosa y Roberto D'Aubuisson, cuyos nombres figuraron de manera relevante en la década de los ochenta. Los oficiales entrenaron a los dirigentes civiles de ORDEN, quienes, por

su parte, establecieron las secciones locales¹³. ORDEN llegó a tener unos cien mil miembros.

En la primera mitad de la década de los setenta, Estados Unidos mantuvo una presencia más bien baja, pero con la elección de Jimmy Carter como presidente, la política estadounidense cambió radicalmente. El nuevo gobierno de Carter advirtió de inmediato que el respeto de los derechos humanos sería el criterio principal para decidir si un gobierno recibiría o no asistencia militar. Sin embargo, a El Salvador envió señales confusas. Por un lado, redujo el número de asesores militares después de la desaparición de Ronald J. Richardson, un joven afroamericano que desapareció mientras se encontraba detenido en la Guardia Nacional, a finales de 1976. Por otro lado, Carter reemplazó al embajador nombrado por el presidente Ford, Ignacio Lozano, quien había sido crítico del historial de derechos humanos del gobierno salvadoreño, con Frank Divine, un diplomático de carrera, cuya mejor cualificación para el puesto eran sus veinte y ocho años en el servicio exterior. Divine consideró la cuestión de los derechos humanos como "un énfasis apropiado... [pero]... una cosa es hacerlo en el propio país y otra es afirmar el derecho o el deber de imponer nuestros niveles de respeto de los derechos humanos en otros países, los cuales a lo mejor no están preparados para cumplir con ellos"¹⁴.

Mientras tanto, el número de desaparecidos se duplicó y los asesinatos políticos aumentaron diez veces, pero la escalada represiva estuvo acompañada por la creciente organización y militancia de varias organizaciones de masas, que habían empezado a desarrollarse a comienzos de la década de los setenta. En medio de esta espiral de violencia ocurrió la revolución nicaragüense, y un pequeño grupo de oficiales militares jóvenes y progresistas decidió que era tiempo de deshacerse del presidente más represivo que El Salvador había tenido en los últimos veinte años, el general Carlos



Humberto Romero. El 15 de octubre de 1979, la llamada "juventud militar" dio un golpe prácticamente sin derramamiento de sangre e instaló una junta cívico militar, la cual se comprometió públicamente a hacer cambios socioeconómicos rápidos y radicales.

3.1. El golpe de octubre y sus secuelas

El gobierno del presidente Carter dio un gran suspiro de alivio públicamente con la salida del presidente Romero. Sin vacilar, de inmediato, ofreció reanudar la asistencia económica y militar a la junta revolucionaria de gobierno. De aquí en adelante, la política estadounidense comenzó a funcionar a dos niveles. A nivel oficial, su política consistía en apoyar el respeto de los derechos humanos y en promover los cambios sociales, políticos y económicos de la proclama del 15 de octu-

bre. Pero, al mismo tiempo, lo que Estados Unidos hizo, en realidad, dio unos resultados muy distintos a los que la embajada afirmaba buscar.

En primer lugar, después de haber puesto todo su empeño en el respeto de los derechos humanos, desde comienzos de 1977 hasta el 15 de octubre, Estados Unidos guardó silencio desde esa fecha ante el incremento del número de masacres y de asesinatos, cometidos por las fuerzas de seguridad salvadoreñas y "por los hombres vestidos de civil". En segundo lugar, ante la creciente agitación de la izquierda, Estados Unidos empezó a promover la línea de "la ley y del orden" dentro del ejército salvadoreño. Los funcionarios estadounidenses expresaron la esperanza de que con la reanudación de la ayuda militar, la cual, a finales de 1979, incluía el entrenamiento de tropa, la Fuerza Armada salvadoreña podría ser más eficiente y menos bárbara en sus métodos para controlar a las masas¹⁵. En tercer lugar, la ambivalencia con la que Estados Unidos trató a la junta de gobierno animó a los militares conservadores, quienes se opusieron a las reformas propuestas por el nuevo gobierno y provocaron su renuncia a principios de enero. Con el apoyo de Estados Unidos, el partido Demócrata Cristiano decidió formar parte de la segunda junta de gobierno y el dirigente del partido, José Napoleón Duarte, consiguió ser elegido para integrar la tercera junta de gobierno a comienzos de marzo.

En resumen, la política de doble cara de Estados Unidos, tal como se empezó a desarrollar a comienzos de 1980, seguía una estrategia contrainsurgente de doble vía, combinando las reformas socioeconómicas y el fortalecimiento y el mejoramiento del ejército con "una transición hacia la democracia", que significaba forzar a la Fuerza Armada a aceptar las elecciones. Sin embargo, aún existían dos problemas: sectores importantes del ejército estaban vinculados a la derecha y no actuarían contra ella, y esos mismos sectores creían que la única manera para enfrentar a la izquierda era eliminándola.

A pesar de los esfuerzos de Estados Unidos por promover una "guerra de contrainsurgencia limpia"¹⁶, un análisis, escrito en junio de 1980, por un simpatizante del ejército¹⁷, sugiere que una versión salvadoreña del "conflicto de baja intensidad" operó meses antes que Estados Unidos se comprometiera formalmente con esta estrategia. Aunque el analista no proporcionó detalles, al menos estaban usando tres tácticas propias de dicha guerra. En primer lugar, se desató una amplia represión a raíz de la reforma agraria —una política desarrollada deliberadamente por el ejército y sancionada por Estados Unidos (con su silencio). En segundo lugar, los diversos escuadrones de la muerte empezaron a asesinar cada día a más dirigentes y a posibles dirigentes del movimiento popular. En tercer lugar, se desarrolló la táctica de "yunque y martillo" con la colaboración del ejército hondureño, incluso antes que Estados Unidos participara directamente en el entrenamiento de la tropa.

Mientras tanto, hasta que la estrategia estadounidense fue definida claramente en 1981, la embajada de Estados Unidos dedicó mucho tiempo a apagar llamaradas, en particular dos intentos de golpe de Estado de la derecha en febrero y mayo de 1980. Sin embargo, cuando llegó el embajador Robert White, a principios de marzo de 1980, lo único que podría decirse de la política estadounidense es que estaba siendo forzada a pronunciarse por un cambio. White insistió que El Salvador tenía "un gobierno revolucionario", el cual había implementado "la reforma agraria más amplia desde la revolución mexicana". Defendió a Duarte como el campeón de la democracia. Y sobre todo, insistió en que la junta integrada por los militares y los demócrata cristianos dirigía un gobierno "moderado y reformista", atrapado entre dos extremas en pugna, la izquierda y la derecha. En privado, White era más franco. En un cable confidencial, enviado el 4 de noviembre de 1980, escribió que "los militares tienen el poder; ningún gobierno puede existir sin su aprobación". Observó que "la falta de fuertes medidas contra la

"Las recetas para contrarrestar la insurgencia han estado conformadas por tres grandes deberes: seguridad, buen gobierno y progreso".

violencia que proviene de sus filas es el talón de Aquiles de la JRG... El ejército no actuará en contra de quienes están matando a sus enemigos para evitar que se abra una caja de Pandora de acusaciones... Hay pocas posibilidades para concertar un compromiso", concluyó White¹⁸.

En ninguna parte quedó esto más claro que en la disolución formal de ORDEN, que continuó operando en coordinación con y bajo las órdenes de los comandantes militares locales. También quedó claro que cada cuerpo de seguridad tenía sus propios escuadrones de la muerte, así como también los tenía "cada cuartel de tamaño regular..."¹⁹. Esto significaba que, en la medida que la información proporcionada por el aparato reconstituido de ORDEN llegaba a los cuarteles ubicados en todos los rincones del país, cada vez fueron desapareciendo o apareciendo más campesinos muertos²⁰. También significaba que muchos oficiales con mando participaban directamente en la actividad de los escuadrones de la muerte. Estos escuadrones no eran grupos informales ni fuera de control, estaban muy bien organizados, estaban vinculados orgánicamente a la Fuerza Armada y eran controlados por oficiales de todos los niveles, desde los inferiores hasta los más elevados de la estructura del cuerpo de oficiales.

Aunque la historia de la participación de Estados Unidos en estos acontecimientos está aún incompleta, es claro que, antes de 1984, funcionarios civiles y militares del gobierno estadounidense proporcionaron a los cuerpos de seguridad y al estado mayor salvadoreños información obtenida con medios electrónicos, fotográficos y personal de personas que más tarde fueron asesinadas por los escuadrones de la muerte; mantuvieron en la planilla de la CIA a oficiales claves de los cuerpos de seguridad —incluyendo a Carranza, Medrano y otros—; proporcionaron los expedientes de inteligencia que D'Aubuisson usó en sus programas de televisión para señalar a los "subversivos"; adiestraron a los elementos salvadoreños de inteligencia en las técnicas de investigación, armas de combate, en explosivos y en métodos para interrogar, incluyendo "instrucción en métodos de tortura física y psicológica"; violaron la ley de ayuda exterior de 1974, la cual prohibía desem-

bolsar fondos estadounidenses "para entrenar o... apoyar financieramente a la policía, las prisiones y otras fuerzas de seguridad... o a cualquier programa de inteligencia o espionaje interno de cualquier gobierno extranjero"²¹.

4. El laboratorio

De este modo, el terreno fue preparándose para la llegada de Ronald Reagan. Durante las primeras semanas que siguieron a la toma de posesión de éste, los funcionarios de la embajada de Estados Unidos en San Salvador sostuvieron que no se harían grandes cambios en la política seguida hasta entonces por Carter²². En sentido estricto, esto era cierto. Al finalizar su período, el gobierno de Carter estaba apuntalando la economía salvadoreña y había comenzado a proporcionar ayuda militar letal y no letal. Sin embargo, el fundamento ideológico de la política era diferente. A finales de diciembre de 1980, un cable confidencial definió "los objetivos básicos" de la política del gobierno de Carter, "apoyar el proceso político que tenga la mayor probabilidad para conducir a la democracia... apoyar las reformas socioeconómicas que permitan la participación de la mayor cantidad de gente posible en la vida política y económica del país; y promover el fin de la violencia totalmente"²³.

Alexander Haig, el primer Secretario de Estado del gobierno de Reagan, es claro en sus memorias acerca del contexto ideológico, "El Salvador no era un simple problema local. Era también un problema regional... Y era un asunto global que representaba la interpolación de una guerra de liberación nacional (*sic*) en el hemisferio occidental"²⁴. En los primeros meses de 1981, los reaganianos definieron, a nivel interno, su política para Centroamérica a partir de tres ejes principales: derrocar al gobierno revolucionario de Nicaragua, establecer una base militar permanente en Honduras y derrocar militarmente al FMLN. Sin embargo, en público enfatizaron la construcción de la democracia, tal como Haig lo expresó, "el gobierno de Duarte... era la única esperanza para traspasar el poder por medios democráticos. Si sobrevivía, habría elecciones". Los funcionarios gubernamentales, incluyendo al vicepresidente

George Bush, aparentemente compartían la opinión de Haig en cuanto a que el gobierno “representada a todas las tendencias políticas del país, excepto la extrema derecha y la izquierda violenta”²⁵.

Pero al gobierno de Reagan no le interesaba una solución política. La “Valoración integral anual de la ayuda militar a El Salvador” de 1981 proporciona la justificación y los detalles para duplicar el tamaño del ejército, para aumentar las fuerzas naval y aérea, y para dar el apoyo logístico necesario. El documento, escrito por el personal de la embajada y firmado por el nuevo embajador, Deane Hinton, “coincide con la valoración salvadoreña de que el aumento sustantivo de las fuerzas armadas es una precondition para una solución militar a la guerra civil”. Pero el informe también advierte que “aún no estamos en una posición como para enfrentar el aspecto probablemente más importante de nuestra política: ¿estamos preparados para proporcionar a El Salvador los medios para conseguir una solución militar o nos contentaremos con apoyar gradualmente el crecimiento de sus fuerzas durante lo que al parecer será una lucha larga y prolongada?” Hinton escribió, “el objetivo primordial a corto plazo del programa de ayuda militar es impedir que un vecino amigo caiga en manos de un ejército guerrillero comunista apoyado desde el exterior”²⁶.

5. KISSSS: el papel del ejército estadounidense

Desde los comienzos de la década de los ochenta, la filosofía rectora del papel de Estados Unidos se conoció como KISSSS (en castellano, beso): “mantenerlo sencillo, sostenible, pequeño y salvadoreño”. De hecho, el proceso de participación empezó en pequeña escala. Al final de la presidencia de Carter, el general Wallace Nutting, comandante del Comando Sur, en la Zona del Canal de Panamá (CINCSOUTH), envió a los primeros asesores militares a El Salvador.

En una entrevista del proyecto de *Historia oral del conflicto en El Salvador*²⁷, el general Fred Woerner dijo lo siguiente, “fui a El Salvador [en 1981] con tres tareas: desarrollar una estrategia militar nacional para El Salvador, elaborar un informe de la situación para Estados Unidos y para

implementar un programa de ayuda militar”. Esto último, dijo Woerner, “iba a ser formulado para un período no especificado, pero que podría ser interpretado razonablemente como un programa de cinco años aproximadamente”. Al final del programa, Woerner concluyó, “las fuerzas armadas salvadoreñas serían absolutamente capaces para suprimir, finalmente, al movimiento guerrillero y para mantenerlo al nivel de un simple estorbo”²⁸. Cuando Woerner pronunciaba estas palabras, en noviembre de 1987, el pronóstico se había prolongado hasta la década de 1990; más aún, las acciones del FMLN se estaban extendiendo a los departamentos donde nunca antes había operado.

A partir de 1981, el grupo militar estadounidense en El Salvador buscó tres objetivos, todos ellos resumidos en el término “profesionalización”. El primero de ellos, “había que persuadir al cuerpo de oficiales salvadoreño para que se subordinara voluntariamente a la autoridad civil”. El segundo, “la Fuerza Armada necesitaba demostrar respeto por los derechos humanos”. Y el tercero, “el ejército necesitaba racionalizar sus propios métodos internos para gobernarse, de tal modo que se fomentara el talento, que se premiara el éxito, que se expulsara la incompetencia y que el cuerpo de oficiales en general se volviera operacionalmente efectivo”²⁹.

Desde el punto de vista del gobierno estadounidense, estas necesidades eran apremiantes. En julio de 1981, el ejército no sólo estaba a la defensiva, sino que su devoción por las operaciones convencionales con grandes cantidades de tropa y armas sofisticadas, junto con la continuación de las violaciones de los derechos humanos por los escuadrones de la muerte, no contribuyeron al proceso de “ganar los corazones y las mentes”, la necesidad fundamental en toda guerra contrainsurgente. Sin embargo, la influencia de Estados Unidos enfrentaba tres obstáculos, identificados por Shafer en su estudio: la influencia real estadounidense era limitada, el gobierno no tenía poder suficiente para hacer las reformas en El Salvador y el carácter de las relaciones entre el gobierno y el pueblo, por un lado, y entre la guerrilla y el pueblo, por el otro³⁰. Como veremos más

adelante, hasta el día de hoy, estos problemas siguen atormentando a Estados Unidos.

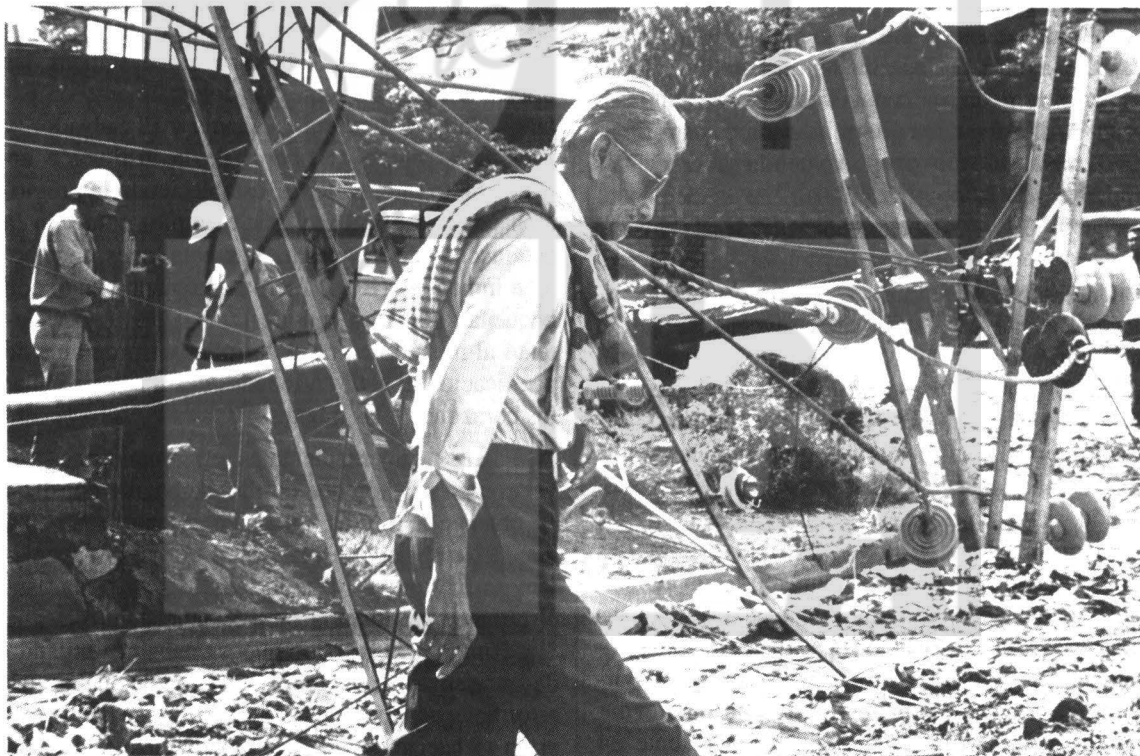
El proceso de subordinación al poder civil empezó persuadiendo al ejército para que no sólo apoyara las elecciones de 1982 —y las que siguieron después—, sino también para que se considerara a sí mismo como defensor del nuevo orden naciente. Para el gobierno de Reagan, el problema de los derechos humanos era mucho más un asunto de relaciones públicas que moral. Demasiados cadáveres en las calles y demasiadas masacres como las que ocurrieron en Chalatenango y en otras partes significaban serios problemas con el Congreso para poder conseguir nuevos y mayores fondos para El Salvador.

La tercera tarea, la transformación del ejército, fue, en cierto sentido, la más difícil. En 1987, el embajador Hinton comentó sobre aquellos primeros años, "los comandantes del grupo militar hicieron toda clase de esfuerzos tanto para reformar la manera como estaba siendo conducida la guerra como para animar a los militares a moverse, saliendo de los cuarteles. Cuando salí [de El Sal-

vador, a mediados de 1983], me parecía que todavía no estaba claro si el ejército salvadoreño sería alguna vez una fuerza de combate efectiva..."³¹.

Uno de los problemas, el tamaño de la fuerza Armada, se resolvió ampliando sus efectivos de 10 mil, en 1979, a 24 mil, en 1982, hasta alcanzar el máximo de 56 mil efectivos, en 1987. La escasez de armas y municiones se resolvió aumentando significativamente la ayuda estadounidense³². El tercer problema, el de la conducción, resultó ser el más difícil de superar. El coronel John Waghelstein —el primer responsable de la transformación del ejército, puesto que fue el comandante del grupo militar, entre 1982 y 1983— recordó escuetamente que "de los catorce comandantes departamentales del país, sólo dos de ellos valían algo, los demás eran totalmente ineficaces... Muchos tenientes coroneles jóvenes sabían qué hacer, pero eran vistos con algún recelo por García quien, como ministro de defensa, estaba más preocupado por conservar su base de poder que por el ejército"³³.

En mayo de 1982, cuando la Fuerza Armada



estaba siendo vapuleada por el FMLN, la embajada informó que el gobierno salvadoreño estaba "totalmente comprometido con el plan 'estrategia para la victoria'... desarrollado conjuntamente con el equipo estadounidense de asistencia en estrategia militar comandado por B. G. Fred Woerner"³⁴.

5.1. El libro blanco

A finales de febrero de 1981, como parte de su nuevo enfoque sobre las implicaciones globales del conflicto salvadoreño, el Departamento de Estado publicó un documento titulado *Interferencia comunista en El Salvador. El libro blanco*, tal como fue conocido, pretendía ofrecer "evidencia definitiva del apoyo militar clandestino dado por la Unión Soviética, Cuba y sus aliados comunistas a la guerrilla marxista leninista que luchaba para derrocar al gobierno establecido de El Salvador"³⁵.

Al gobierno de Reagan le fue mal con este documento, pues adolecía de tres debilidades. La primera, "los documentos de apoyo" no respaldaban las extravagantes afirmaciones de embarques de armas para el FMLN ni el control soviético o cubano de las fuerzas revolucionarias³⁶. La segunda, la mayoría de los aliados de Estados Unidos no creyeron "la evidencia", así como tampoco veían a El Salvador en términos tan catastróficos. La tercera, el Congreso, sometido a crecientes presiones de la opinión pública, no se dejó convencer³⁷. En vez de ello, introdujo una proyecto de ley que prohibiría toda ayuda militar y la presencia de asesores militares, a menos que el presidente Reagan certificara cada seis meses que el gobierno salvadoreño había cumplido con seis requisitos, formulados para impedir las violaciones de los derechos humanos, colocar a la Fuerza Armada bajo el control civil y promover las reformas democráticas³⁸. Lamentablemente, la certificación se convirtió en poco más que un juego, tanto en Washington como en El Salvador. Las violaciones de los derechos humanos, que aumentaban mensualmente, disminuían en las semanas anteriores a la certificación. Las masacres bien documentadas cometidas por el ejército se convirtieron en hechos que había que ocultar para evitar mentir en la certificación. "Aproximadamente 34

mil civiles fueron asesinados por razones políticas [desde] 1979 [hasta julio de 1982]... hubo algo menos de mil prisioneros [políticos] y ningún prisionero de guerra"³⁹.

Días después de la publicación del *El libro blanco*, el gobierno estadounidense anunció nuevos aumentos en la ayuda militar, los cuales sumaron 25 millones de dólares. A finales de marzo, la primera fase del plan Woerner estaba en marcha, 56 asesores e instructores militares, incluyendo 12 *boinas verdes*, se encontraban en El Salvador "para entrenar al personal salvadoreño en comunicaciones, inteligencia, logística y en otras habilidades profesionales, destinadas a mejorar sus capacidades para detener la infiltración y responder a los ataques terroristas"⁴⁰. Los coroneles de Harvard dicen que "en marzo de 1981, el gobierno de Reagan se dejó presionar al punto de aceptar un límite de 55 hombres"⁴¹. Los militares se sintieron muy molestos por la limitación y prácticamente desde el principio comenzaron a burlarla.

El entrenamiento significó aumentar el tamaño del ejército y modernizar el armamento de todas las ramas de la Fuerza Armada, mejorar las habilidades técnicas de prácticamente todas las tropas, a través de cursos de entrenamiento en Estados Unidos, Honduras, Panamá y El Salvador, y cambiar el modo de operar de la institución armada, tanto internamente (estableciendo la promoción en base al mérito, por ejemplo) como en la conducción de la guerra. Los batallones de reacción inmediata (BIRI) fueron entrenados junto con pequeñas unidades móviles (*cazadores*) y se intentó al mismo tiempo desarrollar un programa de pacificación al estilo Vietnam, destinado a "ganar los corazones y las mentes"⁴².

Fuentes gubernamentales estadounidenses revelaron en privado que el plan de batalla consistía en obtener el triunfo militar en sesenta o noventa días. El embajador Hinton y el coronel Waghelstein no fueron tan ingenuos. En su entrevista para el proyecto de historia oral, Waghelstein dijo que él y Hinton "entendieron que... estábamos tratando de reorientar al ejército salvadoreño hacia las reformas para quitarle a la guerrilla su bandera y si no lo hacíamos, entonces, podíamos empacar e

El ejército siguió tratando de destruir la retaguardia real y potencial del FMLN, es decir, las masas.

imos a nuestra casa, porque no podríamos ganar en esas condiciones”⁴³. En junio de 1981, Hinton informó que “ambos lados han llegado a un empate... Las guerrillas tienen la iniciativa... y el gobierno tiene la capacidad para contener los asaltos insurgentes uno por uno, pero no puede destruir la fuerza insurgente. Por lo tanto, tal como nosotros percibimos la situación, no vislumbramos ningún final militar para la guerra de desgaste en El Salvador”, concluyó Hinton⁴⁴.

Dado que la doctrina del conflicto de baja intensidad exigía un componente político y dado que el gobierno de Reagan comprendió la necesidad política de conservar el apoyo del Congreso y mantener a raya a la opinión pública estadounidense, la estrategia global incluía un proceso electoral, que produciría una nueva constitución, elecciones presidenciales, de diputados y de alcaldes, todo lo cual, a la vez, legitimaría la presencia de la democracia cristiana en el proceso. A nivel público, el primer paso consistiría en elegir una asamblea constituyente, el 28 de marzo de 1982, para escribir otra constitución. Las elecciones de 1982, 1984, 1985, 1988 y 1989 deben considerarse como parte de la estrategia general de contrainsurgencia en El Salvador, diseñada para fomentar “la transición desde un régimen *de facto* ilegítimo a un gobierno constitucional”⁴⁵, mientras tanto, la guerrilla sería reducida a un pequeño “estorbo”.

5.2. El resurgimiento del FMLN

Después de la muerte de monseñor Romero, las cinco organizaciones revolucionarias iniciaron un período de transición, en el cual el énfasis estratégico cambió de la lucha de masas a la lucha armada. En octubre, se fundó el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que a finales del año comprendía a las cinco organizaciones político militares⁴⁷. En enero de 1981, el FMLN lanzó una ofensiva militar, que algunos de sus dirigentes más triunfalistas consideraron como “final”. Fue todo lo contrario. A pesar de todos sus problemas y debilidades, el ejército salvado-

reño forzó al FMLN a replegarse a sus bases en la montaña, donde pasó los siguientes seis meses, analizando sus errores, entrando así en un proceso de autocrítica, y mejorando su unidad organizativa.

Luego, a finales de julio, el FMLN lanzó su segunda ofensiva, en la cual, por primera vez, tomó prisioneros de guerra; posteriormente anunció que respetaría los convenios de Ginebra, en cuanto a los prisioneros de guerra, y solicitó al Comité Internacional de la Cruz Roja asumir la responsabilidad de éstos. Doce de los cuarenta prisioneros optaron por quedarse con los insurgentes⁴⁸. A finales del año, el FMLN mantuvo la presión sobre el ejército en toda la zona oriental del país. El sabotaje económico se convirtió en un instrumento de guerra cada vez más importante. Entre mayo y diciembre, el ejército lanzó un promedio de tres ofensivas mensuales contra los rebeldes, utilizando entre 1,500 y 4,500 efectivos militares en cada una. Durante este período, el ejército intentó ocho veces desalojar a la guerrilla del volcán Guazapa, localizado a 26 kilómetros al norte de San Salvador. Pero fue hasta en 1986, cuando el fuego aéreo proporcionado por Estados Unidos sacó al FMLN y a sus diez mil simpatizantes civiles del área, que el volcán Guazapa —en ese entonces prácticamente arrasado— quedó temporalmente libre de insurgentes⁴⁹. El ejército lanzó también repetidas ofensivas en Chalatenango, Morazán, San Vicente y Cuscatlán. En 1982, uno de los dirigentes del FMLN dijo, “el ejército no ha obtenido ni uno sólo de sus objetivos”. Los informes de la embajada confirmaron esta afirmación⁵⁰.

5.3. La respuesta del ejército

Esto no significa que el ejército no estuviera, a su manera, tratando de derrotar al FMLN. En este período, la ofensiva más grande del ejército contra los insurgentes ocurrió en diciembre, en Morazán. Ahí, una vez más, el ejército trató de derrotarlos con “el yunque y martillo”, usando para ello 4,500 efectivos y contando con el ejército hondureño.

Uno de los objetivos más importantes del gobierno era la destrucción de la radio Venceremos (del FMLN), la cual había estado transmitiendo ininterrumpidamente en onda corta durante casi un año. El 14 de diciembre, el gobierno anunció que la radio había sido destruida; sin embargo, el equipo de la emisora había sido trasladado en mochilas y mulas desde Morazán hasta Usulután. Las emisiones regulares desde Morazán se reiniciaron el 26 de diciembre⁵¹.

Sin embargo, la ofensiva de Morazán tuvo un aspecto más tenebroso. El FMLN, al conocer de antemano la ofensiva, advirtió a la población para que buscara refugio seguro en otras áreas y él mismo evacuó a varios miles de personas, una de las cuales murió. Pero muchos otros, evangélicos apolíticos, que el ejército había dejado en paz durante la ofensiva de octubre, no hicieron caso de las advertencias. El ejército pasó por tres cantones del centro de Morazán. Sólo en el Mozote fueron encontrados 482 cadáveres, de los cuales 280 eran niños menores de 14 años⁵².

El patrón de ataques contra la población civil persistió durante la década de los ochenta, aunque su frecuencia y la cantidad de civiles asesinados disminuyó notablemente después de 1985. En la mayoría de los casos, los ataques fueron llevados a cabo por unidades entrenadas por Estados Unidos.

La masacre de Morazán levantó tales protestas en Estados Unidos, que el ejército se comportó bien durante varios meses. Pero en mayo de 1982, el batallón Ramón Belloso, el cual acababa de regresar de Fort Bragg (Carolina del Norte)⁵³, donde fue entrenado durante cuatro meses a un costo de ocho millones de dólares, fue enviado a Chalatenango, en una ofensiva dirigida claramente contra la población civil, que en su mayoría apoyaba al FMLN. Centenares de civiles fueron asesinados y los cinco mil que lograron huir iban desarmados.

El coronel Jorge Alberto Cruz Reyes, comandante del cuartel de San Francisco Gotera (Morazán), justificó los ataques contra la población civil ante los periodistas diciendo que cuando el FMLN está presente, los civiles "que no quieren cooperar

abandonan el área, mientras que los que permanecen son colaboradores"⁵⁴. Pocos meses después, el coronel Sigifredo Ochoa, quien en ese entonces era comandante del cuartel de El Paraíso, dijo a un periodista mexicano, "puedo bombardear masivamente las zonas rojas porque sólo subversivos viven en ellas"⁵⁵.

El 27 de enero de 1982, el FMLN lanzó otra ofensiva, atacando el cuartel de la fuerza aérea de Ilopango y destruyendo el 70 por ciento de dicha fuerza⁵⁶. Inmediatamente después, el FMLN asedió Usulután y San Francisco Gotera, llevó la guerra a San Salvador y por primera vez desde comienzos de 1981 empezó a atacar progresivamente en la zona occidental del país.

Mientras tanto, la campaña electoral para elegir a la asamblea constituyente comenzó, Estados Unidos envió cada vez más ayuda militar, los asesores militares estadounidenses comenzaron a obtener algunos resultados en la "profesionalización" del ejército y muy pronto quedó claro que el FMLN era mucho más eficaz peleando la guerra de guerrillas que montando ofensivas políticas.

6. Cada vez más comprometidos...

Dos de los problemas fundamentales identificados por Shafer —la falta de influencia real estadounidense y los límites gubernamentales para hacer las reformas— se manifestaron con gran claridad, como en ningún otro lado, en los esfuerzos de Estados Unidos para reformar al cuerpo de oficiales salvadoreño. En su estudio de Harvard, los cuatro coroneles describen las características predominantes en el cuerpo de oficiales:

El sistema de tandas, una especie de asociación para protección mutua al estilo West Point, sigue siendo el obstáculo principal que impide la formación de un cuerpo de oficiales competente. Una vez que cada promoción o tanda recibe su despacho al terminar sus estudios en la Escuela Militar... el grupo es promovido periódicamente, prescindiendo de la competencia individual de cada uno de ellos... su carrera está garantizada hasta llegar al grado de coronel... Quienes promueven los métodos estadounidenses tienen que escoger

entre ser marginados o ceder ante quienes exigen mantener las tradiciones militares salvadoreñas...⁵⁷.

Esto ha significado que oficiales incompetentes han permanecido en el campo de batalla y han sido promovidos, que oficiales implicados en violaciones graves de los derechos humanos no han sido castigados y que el sistema de "señor de la guerra", el cual, históricamente, ha otorgado a cada comandante departamental el control prácticamente absoluto sobre su jurisdicción, ha sido casi imposible destruirlo.

6.1. La participación hondureña

Como ya se mencionó antes, la participación hondureña en la guerra comenzó en 1980, antes de iniciarse la escalada militar estadounidense en Honduras después de 1981. En 1982, el ejército y la fuerza aérea hondureños colaboraron frecuentemente en los grandes operativos descritos arriba; un hecho confirmado por el viceministro de defensa de entonces, coronel Adolfo Casillo, quien dijo que "él participó en la coordinación de planes con el ejército hondureño... (el cual actuaba) con el apoyo y consentimiento de Estados Unidos"⁵⁸. La participación hondureña tenía otro aspecto: la presencia de personal militar estadounidense a lo largo de la frontera. Ray Bonner visitó el área de La Virtud a finales de julio de 1981, donde fue presentado al capitán *boinas verdes* Michael Sheehan, quien le dijo que "el Consejo Nacional de Seguridad había aprobado la presencia de los *boinas verdes* en Honduras para apoyar el esfuerzo militar contra las guerrillas salvadoreñas"⁵⁹.

Ante la serie de problemas arriba mencionados, no es sorprendente que el gobierno de Estados Unidos haya estimado las normas —o simplemente las haya violado regularmente— sobre la participación de los militares estadounidenses en la guerra y el límite de 55

asesores. Tampoco es sorprendente que Estados Unidos haya encontrado otros medios para ampliar su participación y la guerra misma. La CIA estableció un centro en Honduras, desde el cual sus patrullas operaban en El Salvador "para destruir las bases de la guerrilla salvadoreña", según un memorándum secreto, preparado para una reunión del Consejo Nacional de Seguridad, el 8 de julio de 1983⁶⁰. El límite de 55 hombres fue violado la primera vez al enviar 26 médicos de las Fuerzas Especiales, cuyo objetivo era, supuestamente, entrenar médicos militares salvadoreños. Si bien esto puede haber sido parte de su misión, como médicos de las Fuerzas Especiales han recibido entrenamiento de combate muy especia-



lizado y es indudable que, en El Salvador, pusieron en práctica dicho entrenamiento⁶¹.

Finalmente, en septiembre de 1983, el Secretario de Estado George Shultz envió un cable confidencial a la embajada estadounidense de San Salvador, en el cual dio una lección sobre contabilidad creativa. "Hemos concluido que tenemos que seguir con el techo de 55 asesores en El Salvador", escribió, pero "aplicaremos este techo sólo a aquel personal militar que en la actualidad tiene responsabilidades de entrenamiento. El Departamento de Estado y el Departamento de Defensa no, repito no, haremos pública esta decisión, que consideramos una medida lógica administrativa más que un cambio significativo de nuestra política"⁶². Shultz ordenó a la embajada proporcionar información únicamente "si se le preguntaba", y le proporcionó, además, una serie de respuestas para las posibles preguntas de la prensa. En la práctica, esto significaba que el número de asesores estadounidenses en El Salvador pasaría de cien y que los nuevos métodos contables proporcionaban la justificación burocrática.

6.2. ¿Quién manda aquí?

El 29 de mayo de 1983, el titular de primera plana del *Philadelphia Inquirer* rezaba: "Los asesores estadounidenses dirigen la guerra en El Salvador". El periodista Rod Nordland describió cómo, en los seis meses anteriores, "los oficiales estadounidenses habían llegado calladamente hasta los niveles más elevados del alto mando del ejército salvadoreño y están ahora dirigiendo la guerra en El Salvador, tomando decisiones críticas sobre la conducción de la misma... como estrategias, tácticos y planificadores". Nordland averiguó que "al menos seis tenientes coroneles del ejército estadounidense estaban trabajando a tiempo completo en el alto mando salvadoreño, supervisando las actividades de todos los sectores importantes, incluyendo inteligencia, logística, operaciones y personal". Asimismo supo que oficiales estadounidenses estaban destacados en la base de la fuerza aérea de Ilopango, en la de la marina de La Unión y en las ciudades de San Vicente y Usulután⁶³. A finales de 1980, había asesores militares estadounidenses en prácticamente

todos los cuarteles importantes del ejército, en todo el país.

6.3. Mercenarios

Menos de un mes después de haber llegado a El Salvador, en 1981, el embajador Hinton propuso, en un cable secreto, "contratar no salvadoreños" para volar y mantener los helicópteros militares. Ray Bonner informa que un piloto estadounidense dijo que le pagaban doce mil dólares por dos semanas de trabajo en El Salvador y que los aviones en los cuales llevaba tropa salvadoreña a la zonas de combate pertenecía a *Air America*, la compañía usada por la CIA en el sudeste asiático. Otro piloto transportó hombres y materiales en aviones no identificados, desde la base de la fuerza aérea de Homestead (Florida) hasta Ilopango; le pagaron en efectivo por su trabajo. Otros ciudadanos estadounidenses trabajaron directamente con tropas salvadoreñas en el campo de batalla⁶⁴.

6.4. Los asesores en combate

La ley estadounidense prohíbe que los asesores entren en las zonas donde puede haber combate, que combatan y que lleven armas ofensivas. Asimismo, la ley dispone que el Departamento de Defensa notifique al Congreso, en un plazo de dos semanas, si un militar estadounidense ha estado en situaciones de combate. Sin embargo, existe abundante evidencia de que esta ley, al igual que el límite de los 55 hombres, ha sido violada constantemente, desde el principio. El 11 de febrero de 1982, la emisora *Cable News Network (CNN)* filmó a tres asesores estadounidenses con fusiles *M-16* en una zona de combate. La embajada dijo que habían estado "reparando un puente", pero el embajador Hinton despachó de vuelta a Estados Unidos al oficial de mayor rango, un teniente coronel, y reprendió a los otros dos⁶⁵.

En enero de 1983, Charles Clements fue llamado al puesto de mando del FMLN, en el cerro de Guazapa, donde le pidieron escuchar unas transmisiones, captadas a 24 kilómetros de la capital, de soldados gubernamentales, quienes acababan de empezar otro asalto en la zona. Según Clements, cuando el radista manipulaba los diales del *Bearcat Scanner*, de fabricación estadouni-

dense, para captar las frecuencias utilizadas por el ejército, "oí claramente voces estadounidenses dando órdenes codificadas a las tropas y haciendo preguntas a los comandantes salvadoreños". Clements añade que "estos hombres, obviamente, estaban, al menos, actuando en los puestos de mando y control. Tenían que haber estado a dos o cuatro kilómetros de nosotros"⁶⁶.

Según un documento del *Army War College*, publicado en enero de 1985, titulado "El Salvador: observaciones y experiencias en la contrainsurgencia", la *CIA* y las Fuerzas Especiales entrenaron y condujeron Patrullas de Reconocimiento de Alcance Largo (PRAL), las cuales participaron directamente en combates. Algunos ex asesores de este tipo de unidad, que habían tenido experiencia en El Salvador, confirmaron al periodista Frank Smyth que "asesores militares estadounidenses, además de operativos paramilitares de la *CIA*, participaron en operaciones de combate en El Salvador..."⁶⁷.

La publicidad ocasional de esta práctica no la detuvo. Durante la ofensiva de noviembre de 1989, en San Salvador, los periodistas interceptaron una conversación por radio entre un asesor militar estadounidense, en un helicóptero de observación, y el centro de mando militar estadounidense. El asesor informó a su grupo de contacto que la Fuerza Aérea Salvadoreña tenía que "golpear" un área que estaba a varias cuerdas "al norte de la iglesia"⁶⁸.

Los asesores también han sido blancos intencionales de los ataques del FMLN. Los ataques del FMLN contra el Centro de Entrenamiento Militar (CEMFA), de La Unión, en 1985, y contra la Tercera Brigada, de San Miguel, en julio de 1986⁶⁹, tenían como objetivo explícito los asesores estadounidenses. Ambos ataques dejaron muchos soldados muertos y considerable destrucción. El sargento Gregory Fronius fue el primer soldado estadounidense muerto en combate, cuando el FMLN atacó la Cuarta Brigada de El Paraíso por segunda vez, el 31 de marzo de 1987. Fronius fue uno de por lo menos 70 soldados muertos durante el ataque, que tuvo lugar a las dos de la madrugada⁷⁰. En febrero de 1989, un asesor, asignado al Destacamento Militar de Ingenieros (DMIFA), en

Zacatecoluca, se encontró bajo el fuego, durante un ataque de la guerrilla, en el cual murieron cuatro soldados y trece quedaron heridos. Pese a los desmentidos de la embajada, el periodista Frank Smyth grabó una transmisión entre el asesor y San Salvador, "oigan... se está poniendo muy fregado aquí... me voy a la..."⁷¹.

Sin embargo, la moraleja de estas anécdotas, independientemente de su gran actualidad periodística, *no* es que los gobiernos de Reagan y Bush, en su celo por llevar adelante la guerra, hayan decidido hacer caso omiso de la ley. La moraleja verdadera es que *la ley no les importa*. En 1990, la Fuerza Armada no se encontraba más cerca de la victoria que en 1981.

6.5. La recolección de inteligencia

Uno de los primeros objetivos de Estados Unidos fue mejorar las casi inexistentes capacidades de inteligencia. "Estados Unidos inició la rutina de recoger información sobre el FMLN. La enorme cantidad de datos fue enviada al Pentágono... [donde] era cotejada y analizada y enviada luego al *SOUTHCOM* como inteligencia depurada". Este tortuoso camino significaba que "los esfuerzos del Pentágono sí resultaron indispensables para elaborar un cuadro completo de la insurgencia", pero "esta información rara vez llegó con el detalle necesario o a tiempo para permitir a un comandante salvadoreño evitar una operación del FMLN"⁷².

Mientras tanto, los especialistas en inteligencia militar y de la *CIA* se dedicaron a la construcción de una operación sofisticada de inteligencia en El Salvador⁷³. Esta incluía vuelos no armados de reconocimiento sobre el país, primero desde Panamá y, a partir de los comienzos de 1984, desde la base aérea de Palmerola, en Honduras. Los aviones estaban "equipados con sofisticados sistemas de vigilancia con rayos infra-rojos, que les permitían detectar grupos de gente o vehículos aislados desde una altura de tres mil metros y en la noche, cuando la mayor parte de los movimientos guerrilleros tenían lugar"⁷⁴. Luego, la información era transmitida a Panamá, "desde ahí, al Pentágono y después a El Salvador", una transmisión tortuosa que tardaba dos horas⁷⁵.

7. La prueba del campo de batalla

El objetivo del informe Woerner, cuyo tema central era cómo hacer del ejército salvadoreño una fuerza contrainsurgente eficaz, era cómo derrotar militarmente al FMLN. Después de desarrollar las brigadas de reacción inmediata y de ampliar el cuerpo de oficiales, entrenando a 500 cadetes en Fort Benning (Georgia), el plan nacional de campaña fue elaborado por el comandante del grupo militar, John Waghelstein, y por la embajada estadounidense, a finales de 1982; si bien “el objetivo del informe Woerner fue crear un ejército que acabara con las guerrillas; el del plan nacional de campaña era ganar”⁷⁶. Sin embargo, el coronel Joseph Stringham, comandante del grupo militar entre 1983 y 1984, observó que “al embajador Hinton jamás se le ordenó ganar la guerra ... pero cuando llegó el embajador [Thomas] Pickering [en septiembre de 1983]... las primeras palabras que me dijo... fueron, ‘quiero que traigas a Fred Woerner aquí y quiero una estrategia para poner bajo control del gobierno el 90 por ciento del terreno y de la población en dos años’... esa estrategia no era nada más, ni nada menos, que el anticuado estilo contrainsurgente de la década de los sesenta. Se suponía que el plan nacional de campaña sería la cabeza del ‘experimento’ de El Salvador, y su éxito validaría la doctrina del conflicto de baja intensidad”⁷⁷.

La extensión de la participación de Estados Unidos en el plan nacional de campaña está sugerida en un memorándum severamente censurado, que describe una reunión en la embajada “para discutir el desarrollo de un plan combinado *pol/econ/seguridad*”⁷⁸. En teoría, iba a ser un plan comprehensivo que integraba lo político, lo económico, lo social y lo militar, incluyendo a la Fuerza Armada, varios ministerios gubernamentales, tales como agricultura, economía, salud y educación, y la población civil de la zona rural. El plan enfatizaba “la acción cívica y los proyectos de desarrollo, detrás de una cortina de seguridad”⁷⁹. Uno de los componentes críticos del plan nacional de campaña era el entrenamiento de

compañías móviles de *cazadores*, integradas por 30 hombres cada una de ellas, por los asesores estadounidenses. A principios de 1984, 36 compañías habían sido entrenadas. Su misión era permanecer en el terreno durante largos períodos, cazando a la guerrilla y llamando a una de las brigadas de reacción inmediata en el caso de hacer contacto con un número grande de insurgentes.

7.1. San Vicente

El departamento seleccionado como “proyecto piloto” del plan nacional de campaña se encuentra en el centro geográfico del país. Su aspecto más predominante, el Chichontepec, y un área de cerros, ubicada al occidente de éste, conocida como *los Cerros de San Pedro*, eran zonas de mucha actividad guerrillera, a finales de 1982. La operación “Maquilishuat”, tal como fue llamado el plan nacional de campaña en San Vicente, empezó en junio de 1983, en medio de grandes expectativas y amplia publicidad. Según los cuatro coroneles, “durante los primeros cien días, este ambicioso proyecto cumplió con lo que prometía. Los salvadoreños lograron avances importantes; parecía que habían superado el viejo patrón”⁸⁰. Una agencia gubernamental, *el Comité Nacional de Restauración de Areas* (CONARA), fue establecida para coordinar los esfuerzos cívico-militares.

Dos años más tarde, la AID evaluó los resultados de la siguiente manera:

... Los éxitos iniciales fueron seguidos por la decepción. Las guerrillas comenzaron una ofensiva en la zona oriental desde septiembre de 1983 hasta enero de 1984. Las unidades militares, necesarias en todas partes, fueron trasladadas a San Vicente. El programa de defensa civil, postpuesto por falta de planificación y de recursos, fue insuficiente para proteger el área. Siguió una serie de ataques guerrilleros contra pueblos y cuarteles, defendidos débilmente, y el esfuerzo del plan nacional en San Vicente y Usulután prácticamente se detuvo⁸¹.

Donde más claramente se pudo ver la falta de influencia real de Estados Unidos fue en la continuación de las violaciones de los derechos humanos.



Los cuatro coroneles añadieron que "...el gobierno empezó a prometer a otros departamentos, en particular al vecino de Usulután, compartir los servicios mejorados, con lo cual diluyó el impacto global de la campaña. El resultado era predecible: la guerrilla volvió a San Vicente y destruyó los logros de *Maquilishuat*". Los coroneles afirman también que "la viñeta *Hecho en EE.UU.* del plan nacional de campaña hizo que algunos salvadoreños lo apoyaran con poco entusiasmo". El CO-NARA "sobrevivió para convertirse en un notable agujero negro, que se tragaba el dinero estadounidense sin producir ningún resultado evidente"⁸².

Sin embargo, el problema mayor está implícito en todo lo mencionado antes: la Fuerza Armada carecía de suficientes tropas y recursos para mantener San Vicente o para extender el plan nacional de campaña a otros departamentos. Aun cuando el ejército llegó a tener 56 mil efectivos en 1987, la mayor parte de ellos estaba atada, defendiendo sitios estratégicos, tanto que nunca había suficiente tropa disponible para desarrollar este tipo de plan,

para permanecer en el terreno y garantizar su continuidad y *al mismo tiempo* llevar a cabo acciones militares contra la expansión territorial del FMLN. El plan nacional de campaña estaba condenado al fracaso desde el comienzo, pero Estados Unidos siguió pretendiendo que estaba vivo y sano⁸³, e incluso intentó resucitarlo en 1986.

7.2. El FMLN responde

Mientras Estados Unidos se dedicaba a aumentar el tamaño de la Fuerza Armada, pasando de 11 mil efectivos, en 1979, a 37 mil, en 1983, a entrenar nuevos oficiales en Fort Benning (Georgia) y a desarrollar unidades de cazadores y brigadas de reacción inmediata, el FMLN también estaba ampliando sus fuerzas, de unos cuantos centenares de combatientes que tenía en enero de 1981 pasó a tener entre nueve y doce mil combatientes, en 1984. Los insurgentes fueron tan efectivos en 1982, que en enero de 1983, el general Nutting estaba asustado. Informó de la situación al estado mayor conjunto estadounidense, el cual lo envió al

Departamento de Estado y de ahí lo enviaron a la Casa Blanca. "El 26 de enero de 1983, le dije al juez Clark que si no aumentábamos nuestro esfuerzo y nos comprometíamos claramente, todo se echaría a perder. ¡Esto causó conmoción!"⁸⁴.

La embajadora Jeane Kirkpatrick viajó a El Salvador a principios de febrero y anunció que los insurgentes "no estaban ganando nada". Sin embargo, en privado, le dijo al presidente Reagan que la situación era mala. A finales del mes, el presidente pidió otros 60 millones de dólares para ayuda militar⁸⁵.

En los seis meses anteriores, el FMLN había lanzado dos ofensivas muy efectivas. A principios de junio, el FMLN se tomó Perquín y San Fernando (Morazán) y luego puso una emboscada a las tropas de refuerzo. El ejército cayó en la trampa y los rebeldes capturaron una gran cantidad de armas y municiones e hicieron muchos prisioneros. El trofeo más importante fue el viceministro de defensa, Adolfo Castillo, cuyo helicóptero fue derribado. El ejército respondió con una contraofensiva de unos seis mil efectivos, incluyendo al batallón Belloso, pero el FMLN no sólo obligó al Belloso a huir "como una nidada de codornices", sino que también inició el primero en una serie de paros del transporte, orientados a socavar la economía nacional⁸⁶. En agosto hubo otras acciones de gran envergadura; luego, después de una pausa de seis semanas, entre septiembre y octubre, el FMLN lanzó otra ofensiva, que continuó durante los primeros meses de 1983.

El FMLN declaró un cese al fuego unilateral durante la visita del papa Juan Pablo II a El Salvador, a principios de marzo; entonces, la actividad militar menguó hasta finales de abril, cuando unidades del FMLN se tomaron el puesto de aduanas de El Amatillo, en la frontera con Honduras. En mayo, durante seis días, el FMLN se dedicó a infiltrar combatientes, a través de los puestos de vigilancia del ejército, en las faldas del cerro Cacahuatique (Morazán). De esta forma, el FMLN atacó el principal centro de comunicaciones militares, en la cumbre del cerro, y lo destruyó completamente.

7.2.1. La ofensiva de fin de año

El 3 de septiembre, el FMLN inició una nueva ofensiva, atacando la Tercera Brigada de Infantería de San Miguel. El nuevo comandante del grupo militar, coronel Joseph Stringham, recuerda, "pude ver todo muy de cerca... Eso iba a ser una derrota dramática y total para la Fuerza Armada salvadoreña... El ataque tuvo un impacto psicológico abrumador". Stringham recuerda que "durante el mes de octubre, la situación militar siguió revirtiéndose rápidamente. Perdimos un batallón de cazadores entrenado [en Honduras] y otro batallón salvadoreño en Cacahuatique... en tres semanas, ¡estoy hablando de 'aniquilamiento'! Las pérdidas sufridas por el gobierno fueron muy elevadas" en los meses de octubre y noviembre. "El domingo antes del día de acción de gracias, el FMLN llegó en autobuses a un pequeño puesto al sur de Corinto y el teniente entregó el cuartel. Las tropas eran una compañía de cazadores"⁸⁷.

La Fuerza Aérea respondió bombardeando los pueblos tomados por el FMLN y, en un caso, en Tenancingo, atacó cuando los rebeldes ya habían abandonado el pueblo. El 31 de diciembre, los rebeldes atacaron el cuartel de El Paraíso por primera vez, el cual había sido diseñado por expertos estadounidenses en contrainsurgencia y, supuestamente, era impenetrable. Después de destruir la mayor parte de las instalaciones y de matar o herir a 300 soldados, se fueron con tres camiones cargados de provisiones y con 200 prisioneros de guerra. La noche siguiente, una unidad de zapadores del FMLN destruyó el puente Cuscatlán, sobre el río Lempa, en la carretera Panamericana.

7.2.2. El año 1984

A principios de enero, el FMLN controlaba extensas áreas del oriente, del centro y del norte del país. Sin embargo, a finales de ese mismo mes, el ejército empezó una serie de operativos masivos para retomar el control del mayor número posible de pueblos y preparar las elecciones presidenciales de marzo de 1984. Esta ofensiva continuó durante varias semanas y fue parcialmente exitosa; así, por ejemplo, la guerrilla fue forzada a

En El Salvador, diez años y cuatro mil millones de dólares de ayuda no han producido ningún éxito en cuanto a la seguridad, al buen gobierno y al progreso.

abandonar Jucuarán y otros pueblos donde había permanecido durante meses.

Después de las elecciones presidenciales, en las cuales José Napoleón Duarte derrotó al candidato del partido ARENA Roberto D'Aubuisson, la estrategia, dirigida por Estados Unidos, adquirió más coherencia y dinamismo en su desarrollo. Al menos en los dos últimos años, los oficiales del ejército se habían dividido entre quienes estaban a favor de grandes operativos militares, de 1,500 a 6 mil efectivos, sólo durante el día (de donde salió la afirmación que se trataba de "un ejército de nueve a cinco") y entre quienes estaban a favor de la estrategia estadounidense, que consistía en mantener constantemente a la tropa en el terreno para acosar a la guerrilla. La división fue eliminada prácticamente cuando los oficiales que apoyaban el modelo estadounidense fueron asignados en los puestos claves, mientras que el ministerio de defensa y el alto mando fueron reorganizados para mejorar su eficiencia.

Estados Unidos aprobó el aumento significativo de la asistencia militar, del equipo, del entrenamiento y de los vuelos de reconocimiento; el ejército siguió tratando de destruir la retaguardia real y potencial del FMLN, es decir, *las masas*. Entonces, con el fracaso del CONARA, se hizo otro ajuste en la estrategia global: el ejército volvió a usar los grandes operativos para desalojar a la guerrilla de sus zonas de control, pero en esta ocasión acompañados de bombardeos masivos⁸⁸.

7.2.3. La guerra se extiende

El aumento de la ayuda militar estadounidense alimentó el crecimiento de la Fuerza Armada, la cual llegó a tener 42 mil efectivos, en 1984. Estratégicamente, el efecto más significativo de la nueva capacidad militar del gobierno fue un cambio radical del FMLN. En unos pocos meses, los insurgentes abandonaron sus grandes concentraciones y campamentos y se dispersaron en pequeñas unidades autosuficientes de doce a veinte comba-

tientes. Aunque por lo general este cambio ha sido atribuido al impacto de la guerra aérea, los comandantes del FMLN niegan esta relación causal directa.

8. Los derechos humanos

Donde más claramente se pudo ver la falta de influencia real de Estados Unidos fue en la continuación de las violaciones de los derechos humanos. En 1982, 4,419 personas fueron asesinadas y 1,045 desaparecieron. Entre los meses de enero y julio de 1983, 1,787 personas fueron asesinadas y 840 fueron capturadas y, o desaparecidas. Sin embargo, en agosto, las cantidades comenzaron a disminuir; desde el mes de agosto hasta el 15 de diciembre, 588 personas fueron asesinadas y 476 fueron capturadas⁸⁹. No obstante, el gobierno estadounidense estaba siendo presionado por el Congreso y por grupos a favor de la paz, preocupados por la continuidad de los elevados niveles de la violencia política y, por lo tanto, a principios de noviembre, concertaron una campaña para reducir las sombríos totales de muertos y desaparecidos que los cables de la embajada registraban regularmente.

Parte de estos esfuerzos fue una visita de George Bush, quien trajo consigo una carta del presidente Reagan para el presidente Magaña, en la cual había una lista de funcionarios civiles y militares identificados por Estados Unidos como asociados a los escuadrones de la muerte. Uno de los nombres era el de Héctor Antonio Regalado, el jefe de la seguridad de la asamblea. Bush también puso un ultimátum: debían ser despedidos o dados de baja antes del 10 de enero de 1984, de lo contrario, se arriesgaba la suspensión de la ayuda militar. Magaña no hizo nada; pero el 15 de diciembre, 31 altos oficiales militares, dos de los cuales estaban vinculados públicamente a los escuadrones de la muerte, firmaron una declaración apoyando los esfuerzos de Vides Casanova para frenar las actividades de los escuadrones de la muerte⁹⁰.

Esta mini-campaña de Estados Unidos no era inequívoca. El presidente Reagan había firmado dos certificaciones en 1983, afirmando que la situación de los derechos humanos estaba mejorando. Después de visitar El Salvador, Abrams dijo que la capacidad de Estados Unidos para influir estaba siendo limitada por el temor a un triunfo del FMLN. Luego, a principios de diciembre, Reagan engavetó un proyecto de ley, aprobado por el Congreso, que prorrogaba el proceso de certificación. Lo más ambivalente de todo fue que Estados Unidos no hizo nada cuando ningún oficial fue dado de baja, ni suspendido, ni acusado, no obstante que uno o dos fueron trasladados. La ayuda militar no sólo siguió, sino que aumentó.

9. La guerra continúa

En 1985, la guerra adquirió un nuevo patrón. El FMLN desarrolló una nueva táctica y una nueva estrategia. La táctica, que el analista político Ricardo Stein llamó "el efecto de la gota de mercurio", consistió en concentrar un gran número de pelotones (cada uno de ellos conformado por entre diez y veinte combatientes) en poco tiempo, llevar a cabo un gran ataque y luego dispersarse antes de la llegada de los refuerzos gubernamentales. Con esta táctica, el FMLN llevó a cabo una serie de eficaces golpes relámpago contra objetivos tales como la presa hidroeléctrica del Cerrón Grande, el supuestamente impenetrable cuartel de El Paraíso (tres veces), el Centro de Entrenamiento Militar de La Unión y la Tercera Brigada de San Miguel.

La nueva estrategia consistió en convertir a cada guerrillero en un político que pudiera hablar a la gente acerca del FMLN y su política (una tarea que antes había sido responsabilidad de un alto oficial del FMLN, designado expresamente para ello), para luego enviarlo en las pequeñas unidades autosuficientes por todo el país. De esta forma, los rebeldes se extendieron en los catorce departamentos del país, operando regularmente en trece de ellos (el único departamento donde no operaron fue en el de Ahuachapán, en occidente). Estas unidades casi eran intocables para el ejército, porque sus redes de inteligencia en el campo, que siempre han sido mucho mejores que las del ejército, junto con sus comunicaciones de radio

bastante mejoradas, les avisaban cuando la tropa estaba penetrando en la zona.

La Fuerza Armada respondió a estas nuevas modalidades con sus propias estrategias y tácticas. En un segundo gran esfuerzo para ganarse "los corazones y las mentes", después del rotundo fracaso del plan nacional de 1983, en 1986, los militares salvadoreños lanzaron el plan "Unidos para reconstruir", en su mayor parte diseñado por ellos mismos. Pero si bien este proyecto tenía los mismos objetivos que el CONARA, también adolecía de las mismas debilidades. En 1987, pese a su enorme expansión, el ejército no era aún lo suficientemente grande como para combatir a la guerrilla y llevar a cabo, al mismo tiempo, un programa, que consistía esencialmente de operaciones sociales, económicas y psicológicas. Esto se complicó por el gran terremoto del 10 de octubre de 1986, que obligó a la Fuerza Armada a dedicar efectivos para atender los daños causados por el desastre.

Hubo otra operación de "corazones y mentes", conocida como "operación Fénix", en el área de Guazapa, que la fuerza aérea había bombardeado casi diariamente, desde mediados de la década de los ochenta. Según el entonces comandante de la Primera Brigada de Infantería, coronel Leopoldo Antonio Hernández, habían establecido "una nueva política para rescatar a *las masas*, controladas por la guerrilla en orden a obtener abastecimientos, información, trabajos agrícolas y para fortificar el terreno... La guerrilla anda gritando que [el operativo] es un fracaso. Pero eso no es cierto... porque hemos transmitido una gran confianza al pueblo... También hemos desarrollado programas de acción cívica, proporcionando atención médica, repartiendo alimentos y organizando juegos recreativos para los niños (tales como payasos y piñatas). En la noche... presentamos películas, alquiladas en San Salvador"⁹¹.

En síntesis, a mediados de los ochenta, la Fuerza Armada y el FMLN estaban en una situación de cambio constante a base de reacciones y respuestas a nuevas estrategias y tácticas de ambos lados —se trataba de un equilibrio dinámico más que de un empate, tal como lo afirma la mayor parte de los análisis. Independientemente del

título que se le ponga, Estados Unidos se encontraba en un dilema. El coronel Leyman C. Duryea, agregado militar entre 1983 y 1985, comentó lo siguiente:

De esta forma, casi habíamos llegado a un punto (en 1986) donde infusiones adicionales de entrenamiento, equipo y de cualquier otro componente de la ayuda militar no nos llevarían hacia el objetivo último de derrotar a la insurgencia, sino que simplemente reforzarían el empate... La guerrilla ha tenido que cambiar su modo de operar... Pero puede seguir utilizando esta modalidad indefinidamente, mientras nosotros aún no tenemos una estrategia ni una política con un objetivo apropiado⁹².

Dos años más tarde, el coronel Juan Orlando Zepeda, al dejar la dirección de la sección de inteligencia del ejército salvadoreño, coincidió con lo anterior:

¿En qué grado la subversión salvadoreña tiene suficiente cantidad y calidad de fuerzas para lanzar una ofensiva general? No lo podemos determinar con precisión... Los indicadores ordinarios nos llevan a creer que este conflicto, en las actuales condiciones políticas, económicas y sociales, está lejos de resolverse⁹³.

10. La ofensiva de noviembre

El FMLN respondió la pregunta de Zepeda el 11 de noviembre de 1989, al iniciar una ofensiva a nivel nacional y al combatir prácticamente en toda la ciudad capital por primera vez. La Fuerza Armada respondió como siempre: incapaz para lanzar un contraataque efectivo en el terreno, llamó a la fuerza aérea para bombardear y ametrallar los barrios populares y los tugurios, alrededor de la periferia de San Salvador, donde la guerrilla había estado acumulado alimentos y municiones durante semanas y desde los cuales lanzó sus ataques. Las tres semanas de combate dejaron, al menos, un millar de bajas civiles.

La decisión del FMLN de lanzar la

ofensiva más grande de los nueve años de guerra fue resultado directo de tres sucesos, ocurridos en los cuatro meses anteriores. El primero fue el rompimiento de las conversaciones de paz, las cuales habían comenzado en septiembre y habían continuado en octubre. El segundo fue el aumento de la represión contra los partidos políticos, los activistas, las organizaciones populares y los sindicatos de centro izquierda, que culminó con la explosión de una bomba en la sede de la federación sindical más grande y militante del país (FENASTRAS), el 31 de octubre a medio día. El atentado dejó diez muertos y treinta heridos. El tercero fue la cada vez más publicitada opinión de los militares salvadoreños, del gobierno y de la embajada estadounidense de que el FMLN estaba acabado militar y políticamente. Estos aliados habían llegado a creerse su propia propaganda, lo cual contribuyó a la conducta gubernamental en la reunión de diálogo de octubre, en la cual sugirió que lo único que había que negociar era la rendición del FMLN; también contribuyó a la opinión de la extrema derecha, en el sentido de que podía hacer una limpieza general impunemente.



La ofensiva enseñó varias lecciones a diversos niveles. En primer lugar, el fracaso total de la inteligencia salvadoreña y estadounidense. Justamente, horas antes de que la ofensiva empezara, un funcionario de la embajada estadounidense dijo al periodista Frank Smyth que él no pensaba que la guerrilla tuviera "la capacidad" para lanzar una ofensiva y que la Fuerza Armada había "tomado medidas para prevenirlo"⁹⁴. En segundo lugar, la habilidad del FMLN para definir los términos del combate sobre el terreno y la incompetencia de la Fuerza Armada salvadoreña. El FMLN la mantuvo a raya en muchos barrios pobres y obreros durante una semana, hasta que el bombardeo aéreo indiscriminado obligó a los insurgentes a retirarse. Su retirada por varias rutas conocidas al norte de la capital pudo haber sido impedida por el ejército, pero éste no lo hizo. Y, cuando el FMLN se reagrupó y penetró en el distrito de la colonia Escalón, donde vive parte de la gente adinerada y a poco más de un kilómetro del Estado Mayor, la guerrilla se apoderó virtualmente del vecindario. Pero aquí no hubo ataques aéreos.

En tercer lugar y lo más importante, la ofensiva puso al descubierto el completo fracaso de los nueve años de la política estadounidense. Aparte de la incompetencia de la Fuerza Armada, pronto se hizo evidente que la "profesionalización", el haber enseñado al ejército a respetar los derechos humanos y la subordinación a la autoridad civil eran una ilusión. En la cuarta noche de la ofensiva, una unidad militar del batallón Atlacatl, entrenado por los *boinas verdes* estadounidenses, penetró en el recinto de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", dirigida por los jesuitas, y asesinó a seis sacerdotes universitarios, incluyendo al rector y al vicerrector, a su doméstica y a su hija.

10.1. El año 1990

Pese a que algunos guerrilleros en las calles dijeron a los periodistas que estaban peleando para derrocar al gobierno, la posición oficial del FMLN era de "compromiso incondicional con un acuerdo político negociado para terminar con la guerra y la ofensiva buscaba reabrir negociaciones serias..."⁹⁵. A principios de 1990, a petición de

ambos lados, la Organización de las Naciones Unidas logró reanudar las conversaciones de paz, las cuales tuvieron lugar mensualmente, entre abril y septiembre. En la reunión de julio se dio un paso importante, cuando ambas partes acordaron que la ONU supervisara el respeto de los derechos humanos. Sin embargo, a finales del año, el viejo obstáculo volvió a surgir: el futuro de la Fuerza Armada. Desde hacía mucho tiempo, el FMLN había insistido que cualquier acuerdo de paz incluía la reducción y "purificación" de la Fuerza Armada y la depuración de los oficiales asociados con los abusos de los derechos humanos. Cuando el gobierno se negó a discutir este tema, en septiembre, el FMLN hizo una propuesta más radical aún: la disolución completa de todas las fuerzas armadas del país, tanto de las gubernamentales como de las revolucionarias, y la creación de una sociedad desmilitarizada al estilo de la costarricense.

A principios de noviembre, el mediador de la ONU, Alvaro de Soto, preparó una propuesta de paz secreta por parte de dicha organización, la cual planteó la supresión de dos de los tres cuerpos de seguridad, la supresión del aparato de inteligencia militar y el establecimiento de una comisión integrada por tres personas, escogidas por el gobierno, el FMLN, la Iglesia católica y la interpartidaria, con poder para investigar los expedientes individuales de derechos humanos de los militares de alto rango y para recomendar su encausamiento, si fuera necesario⁹⁶. Esta propuesta estaba más próxima a la posición del FMLN que a la del gobierno, pero era demasiado pronto para saber cuál sería la reacción de este último. Era probable que el FMLN dijera que la propuesta era aceptable, mientras que el ejército la rechazaría.

También en noviembre, el Congreso estadounidense hizo, finalmente, lo que durante nueve años había amenazado hacer en algunas ocasiones: cortó la mitad de la ayuda militar para El Salvador y condicionó el resto al progreso en la investigación del asesinato de los jesuitas y de las conversaciones de paz. Los análisis sobre el impacto del voto variaron desde quienes argumentaron que podría fortalecer a las líneas duras de la derecha y de la izquierda, hasta aquellos que creían que po-

dría causar divisiones más profundas en la Fuerza Armada y, por lo tanto, haría más fácil la negociación para el gobierno.

En la tercera semana de noviembre, el FMLN inició una serie de ataques militares coordinados en todo el país, causando bajas importantes y daños considerables al equipo militar. Irónicamente, aunque la Fuerza Armada había buscado minimizar el tamaño y el impacto de la ofensiva del año anterior, en 1990, el Ministro de Defensa René Emilio Ponce intentó exagerar el tamaño y la efectividad de los ataques del FMLN, presumiblemente para promover la restauración de toda la ayuda militar.

11. Conclusiones

En agosto de 1987, el general John R. Galvin, quien había sido comandante del *CINCSOUTH* en los dos últimos años, afirmó que “tenemos que enfrentar los hechos tal como son, y tenemos que decir que esta va a ser una guerra que durará diez años. Puede ser que dure quince años, pero puede ser ganada. Por lo tanto, tenemos que comprometernos con esto... Es difícil convencer a la gente de que, a largo plazo, la democracia sobrevivirá sólo si estamos dispuestos a sacrificarnos en nuestro propio hemisferio”⁹⁷.

Este tema aparece en muchas de las historias orales y de los pronunciamientos oficiales sobre El Salvador. Pero la lección de El Salvador no es, tal como lo sugiere el general Galvin, que Estados Unidos sólo necesita tener paciencia y comprometerse para prevalecer. Tampoco es, tal como concluyen los cuatro coroneles de Harvard, que “una vez tomada la decisión de usar la fuerza para conseguir sus fines, Estados Unidos necesita abandonar la idea de hacer las cosas según lo acostumbrado y comprometerse seriamente con el triunfo”⁹⁸. La principal lección, tal como Michael Shafer concluye en *Deadly paradigms*, es que “los viejos presupuestos se mantienen sin haber sido cuestionados, a pesar de su falta de lógica... así como también los fracasos mundiales reales de las políticas basados en ellos”⁹⁹.

Estados Unidos ha asumido en El Salvador, al igual que en otras partes, que el aumento de la

ayuda militar, los programas de entrenamiento para profesionalizar y despolitizar al ejército, la promoción de la acción cívica, los esfuerzos para elevar la cantidad y la calidad de un gobierno amenazado y la ayuda general para el desarrollo crearán un gobierno que cumpla con “los tres deberes” de Shafer: seguridad, buen gobierno y progreso. En El Salvador, diez años y cuatro mil millones de dólares de ayuda no han producido ningún éxito en ninguna de esas categorías. Al mismo tiempo, Estados Unidos no ha podido establecer las limitaciones de su influencia, los límites gubernamentales para las reformas, la naturaleza de las relaciones entre el gobierno y el pueblo, por un lado, y la guerrilla y el pueblo, por el otro, ni la naturaleza de la misma insurgencia.

Más allá de los fracasos analíticos, Estados Unidos, tal como observó el senador Fulbright hace veinticinco años en *The arrogance of power*, insiste en creer lo mejor acerca de sus aliados y lo peor acerca de sus enemigos, atribuyendo características superiores y positivas a sus amigos e inferiores y negativas a sus contrincantes. Así, en la década de los ochenta, los funcionarios estadounidenses cantaron una letanía sobre cómo la Fuerza Armada salvadoreña estaba mejorando en derechos humanos, se estaba volviendo más profesional y más democrática, mientras que condenaron al FMLN como “izquierda Pol Pot”, “terroristas” que “solo quieren el poder, no los cambios”, etc.

El “experimento” de El Salvador estaba condenado al fracaso desde el comienzo, porque los dirigentes estadounidenses no aprendieron de las experiencias de una serie de situaciones de conflictos de baja intensidad para “primero estudiar y entender la situación sobre el terreno, para después acomodar su acción a la misma”¹⁰⁰. Al igual que en Grecia, Filipinas y Vietnam, la política del conflicto de baja intensidad en El Salvador no se dirigió a las causas de la insurgencia —en el caso salvadoreño, una larga historia de opresión económica y de represión política. Sin embargo, la mentalidad del general Galvin y la de los cuatro coroneles —así como también la de sus contrapartes civiles— continúa dominando la formulación de la política estadounidense.

A finales de 1990, existen indicios de que Estados Unidos está buscando una forma para desvincularse de El Salvador. La retórica de la guerra fría que caracterizó los debates políticos a comienzos de la década de los ochenta ha desaparecido; ahora se enfatiza la "democratización", no parar al comunismo. Por supuesto, esto ha ocurrido porque la guerra fría ha terminado, porque los sandinistas fueron derrotados en febrero y porque Estados Unidos está inmerso en su primera gran crisis después de la guerra fría, el golfo Pérsico.

Pero, por el otro lado, no hay indicios de que el gobierno de Bush haya aprendido algo acerca de los límites del poder, mucho menos sobre la necesidad de contar con mejores instrumentos analíticos con los cuales enjuiciar su participación en las guerras pequeñas; un indicio de esto es su ambiguo apoyo a las negociaciones patrocinadas por la ONU en 1990. Mientras tanto, la guerra, que Estados Unidos ha catalogado como de "baja intensidad", continúa siendo de alta intensidad para el pueblo salvadoreño.

Notas

1. Traducción del artículo publicado en *New Political Science*, invierno de 1991. Los datos presentados en estas páginas provienen de la segunda edición de *Revolution in El Salvador: origins and evolution*, que será publicado por Westview Press, en 1991.
2. Consejo Nacional de Seguridad (CNS), "Statement of policy proposed by the National Security Council on collaboration with friendly governments on exchange of information concerning operations against guerrillas", borrador, 8 de mayo de 1951, p. 1. Biblioteca Truman. Citado por Michael Shafer, *Deadly paradigms: the failure of the U.S. counter-insurgency policy* (Princeton: Princeton University Press, 1988), p. 17.
3. A. J. Bacevich, James D. Hallums, Richard H. White y Thomas F. Young, "American military policy in small wars: the case of El Salvador", pp. 93, 2. Trabajo preparado para ser presentado el 22 de marzo de 1988, Escuela de gobierno John F. Kennedy, Universidad de Harvard. Los cuatro autores estudiaron durante un año en la Escuela Kennedy.
4. Shafer, *Deadly paradigms*, p. 5.
5. Estoy en deuda con Virginia Gamba-Stonehouse por compartir conmigo los resultados de su investigación sobre el concepto de conflicto de baja intensidad; con Janet De Vincenzo y con Peter Kornbluh del Archivo de Seguridad Nacional de Washington, D.C., por la enorme cantidad de datos sobre el conflicto de baja intensidad del gobierno de Estados Unidos, y con el *U.S. Army War College* y su equipo por la generosidad de su tiempo y ayuda.
6. Shafer, *Deadly paradigms*, capítulos 7 y 8.
7. "Insurgency in Latin America", investigación de la Alianza para el progreso. Estudio preparado por petición del subcomité de asuntos de las repúblicas americanas, del comité de relaciones exteriores del senado de Estados Unidos, 15 de enero de 1968.
8. Klare y Kornbluh, editores, *Low intensity warfare* (New York: Pantheon, 1988), p. 3.
9. Teniente coronel William T. Furr (USAF), "Low-intensity conflict, policy and strategy statements", "CLIC papers", *Army-Air Force Center for Low Intensity Conflict*, Langley Air Force Base, Virginia, enero de 1989, p. 1.
10. Field manual FM 100-20, AFM 2-XY, borrador final, *Military operations in low-intensity conflict*. Cuartel general, Department of the Army y Department of de Air Force, 27 de julio de 1988, pp. 1-1, 1-2.
11. Shafer, *Deadly paradigms*, p. 105. El subrayado está en el original.
12. Carta de Shafer a la autora, 27 de noviembre de 1989.
13. Allan Nairn, "Behind the Death squads", *The Progressive*, mayo de 1984, p. 21.
14. Devine, Frank. *El Salvador: embassy under attack* (New York: Vantage Press, 1981) 194.
15. Devine, *Embassy under siege*, p. 171; cable confidencial (sin título) del embajador Devine al Secretario de Estado, 24 de octubre de 1979. Liberado bajo FOIA.
16. Entrevista con James Cheek, Washington, D.C., 29 de abril de 1980.
17. Nairn, "Behind the death squads", p. 20.
18. "El Salvador, one year after the coup", cable confidencial de la embajada de Estados Unidos en San Salvador al Secretario de Estado, 4 de noviembre de 1980. Liberado bajo FOIA.
19. "It's that simple", dijo un funcionario estadounidense de la embajada, entrevistado por Allan Nairn, "Behind the death squads", p. 25.
20. Pyes, "Right built itself in mirror image".

21. Nairn, "Behind the death squads", p. 20. Nairn documenta estos cargos en detalle.
22. Ver las memorias de Alexander Haig, *Caveat: realism, Reagan and foreign policy* (Nueva York: MacMillan, 1984). Haig escribe que había 60 asesores militares estadounidenses en El Salvador, en enero de 1981. *Ibid.*
23. "U.S. policy and El Salvador", cable confidencial del Secretario de Estado Edmund Muskie a todas las sedes diplomáticas de las repúblicas americanas, 20 de diciembre de 1980. Liberado bajo FOIA.
24. Haig, *Caveat*, p. 118.
25. *Ibid.*, p. 126.
26. Los subrayados son añadidos. "Annual integrated assessment of security assistance for El Salvador". Cable confidencial del embajador Deane Hinton al Secretario de Estado, 12 de junio de 1981, pp. 7, 17. Liberado bajo FOIA.
27. El Proyecto de historia oral del conflicto en El Salvador fue propuesto por primera vez por el general John R. Gavin, quien comandaba el Comando Sur de Estados Unidos, en Panamá. La idea consistía en desarrollar las lecciones generales aprendidas del conflicto en El Salvador como parte de un esfuerzo continuo para revitalizar el pensamiento estratégico sobre "guerras pequeñas". Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. i.
28. Entrevista de Max Manwaring con el general Fred F. Woerner, San Francisco (California), 7 de noviembre de 1987, p. 16, 38. Bacevich y otros informan que un alto miembro del equipo de Woerner dijo más tarde, "nuestro objetivo original era diseñar una estrategia nacional, pero se redujo a ayudar al gobierno de El Salvador a diseñar y redactar una estrategia militar nacional". "La distinción es clave", observan los coroneles. "Military policy in small wars", pp. 37-38.
29. *Ibid.*, p. 44.
30. Shafer, *Deadly paradigms*, pp. 118-127.
31. Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 234.
32. En el año fiscal 1981, la ayuda militar directa e indirecta sumó 103.88 millones de dólares; en el año fiscal 1982, 222.33 millones de dólares; en el año fiscal 1984, 412.59 millones de dólares. En cada uno de los cuatro años fiscales siguientes, esta ayuda promedió los 321.2 millones de dólares. Estos datos están tomados de "U.S. aid to El Salvador: an evaluation of the past, a proposal for the future". Informe para el comité de control de armas y política exterior del Congreso de Estados Unidos, por los congresistas Jim Leach y George Miller, y por el senador Mar O. Febrero de 1985. Mimeo. "Bankrolling failure". Solamente en el año fiscal 1991, el Congreso, furioso porque El Salvador no había investigado agresivamente y porque no había presentado ante la justicia a los militares implicados en el asesinato de los seis jesuitas, su cocinera y su hija durante la ofensiva de noviembre de 1989, redujo de manera significativa la ayuda militar.
33. *Ibid.*, pp. 196-197.
34. "Annual integrated assessment for security assistance for El Salvador". Cable confidencial de la embajada de Estados Unidos de San Salvador al Secretario de Estado, 26 de mayo de 1982. Liberado bajo FOIA.
35. "Communist interference in El Salvador", Informe especial N° 80, Departamento de Estado, 23 de febrero de 1981. Ver también Haig, *Caveat*, p. 130.
36. Para el análisis de *El libro blanco* ver John Dingess, "White paper or plank paper?", *Los Angeles Times*, 27 de marzo de 1981; James Petras, "White paper on the white paper", *Nation* (28 de marzo de 1981): 1; Jonathan Kwitney, *Endless enemies: the making of an unfriendly world* (Nueva York: Congdon and Weed, 1984), Capítulo 21. Alexander Haig rechaza estos análisis, acusándolos de "falta de voluntad para creer", *Caveat*, pp. 139-140.
37. "A Newsweek poll: 'stay out'", *Newsweek*, 8 de marzo de 1982.
38. John M. Goshko, "Panel rejects Reagan cuts", *Washington Post*, 30 de abril de 1981. Lo más cínico sería decir que la certificación fue la forma que tenía el Congreso para librarse del problema; cada seis meses se hacían mociones, pero la ayuda siguió llegando.
39. Bonner, *Weakness and deceit*, pp. 337-346. Americas Watch y American Civil Liberties Union, *Report on human rights in El Salvador*, 20 de julio de 1982. Suplemento (Washington, D.C.: Center for National Security Studies, 1982), p. 11.
40. Departamento de Estado, declaración de prensa, 2 de marzo de 1981. La petición del gobierno por un aumento considerable de la ayuda militar directa para El Salvador para el año fiscal 1982, 66 millones de dólares, representaba un aumento del 400 por ciento de la ayuda estadounidense a El Salvador sobre el total dado entre 1950 y 1979. Cynthia Arnson, "Background information

- on El Salvador and U.S. military assistance to Central America", Update N° 4, Institute for Policy Studies, Washington, D.C., abril de 1981, mimeo.
41. Ellos añaden que todos los entrevistados "estuvieron de acuerdo en que imponer algún tipo de techo era una buena idea"; la razón mencionada con más frecuencia era "que un techo bajo evitaría toda posibilidad de volver la guerra una guerra estadounidense". Bacevich y otros, "American military policy in small wars", p. 41 (el subrayado está en el original).
 42. Para un análisis sobre cómo funcionó —y cómo no funcionó— ver Bacevich y otros, "American military policy in small wars". Ver también, en el proyecto de historia oral, la entrevista con el coronel John D. Waghelstein, quien fue comandante del grupo militar estadounidense en El Salvador de 1982 a 1983.
 43. Entrevista de la historia oral con el coronel John Waghelstein, pp. 7-8.
 44. "Annual integrated assessment", 12 de junio de 1981.
 45. Para un análisis que refleje la perspectiva de El Salvador en transición a la democracia, ver Enrique Baloyra, *El Salvador en transición* (San Salvador: UCA Editores, 1984).
 46. *NACLA Report*, Vol. XVIII (marzo-abril de 1984): 43.
 47. Estas organizaciones eran el partido Comunista Salvadoreño (PCS, 1930), las Fuerzas Populares de Liberación (FPL, 1970), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP, 1972), la Resistencia Nacional (RN, 1975) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC, 1976).
 48. Informes de radio Venceremos, 11-20 de agosto de 1981; "Mientras el 'F.M.L.N.' respeta prisioneros, junta duartista asesina a la población", *El Nuevo Diario* (Managua), 19 de agosto de 1981.
 49. Para una descripción vívida del bombardeo ver Charles Clements, *Guazapa, testimonio de guerra de un médico norteamericano* (San Salvador: UCA Editores, 1986), pp. 3-6, 223, 251-252.
 50. "Annual integrated assessment", 12 de junio de 1981, pp. 3-6; "Annual integrated assessment", 26 de mayo de 1982. Liberado bajo FOIA.
 51. "Ejército destruye radio rebelde" (*UPI*), *Tiempo*, (Tegucigalpa), 15 de diciembre de 1981.
 52. Alma Guillermoprieto, "Salvadorean peasants describe mass killing", *Washington Post*, 27 de enero de 1982; ver Bonner, *Weakness and deceit*, pp. 112-113, 337-344.
 53. John Waghelstein dijo que "él pudo haber entrenado y equipado de seis a ocho batallones por el precio de uno, si lo hubiera hecho en el país" (Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 236). No podía hacerse en el país, porque, entonces, los 55 asesores permitidos hubieran tenido que dedicarse a entrenar un batallón durante cuatro meses.
 54. Mary Jo McConahay, "Little know air war terrorizes population in rural El Salvador", *National Catholic Reporter*, 20 de abril de 1984.
 55. Carlos Ramos, "Puedo bombardear zonas donde hay subversivos", *La Jornada* (México), 19 de enero de 1985.
 56. "Annual integrated assessment", 26 de mayo de 1982, p. 7.
 57. Bacevich y otros, "American military policy in small wars", pp. 47-48.
 58. Mensaje del coronel Francisco Adolfo Castillo, transmitido por radio Venceremos, marzo de 1983 (mimeo). Castillo fue capturado por el FMLN, en junio de 1982, cuando su helicóptero fue derribado al regresar de una misión de reconocimiento de las líneas del frente oriental, en Morazán. Fue prisionero de guerra hasta el 10 de mayo de 1984, cuando fue intercambiado por nueve prisioneros políticos del FMLN.
 59. Ray Bonner, "Green berets step up Honduras role", *New York Times*, 9 de agosto de 1981.
 60. Bonner, *Weakness and deceit*, p. 282.
 61. *Ibid.*
 62. "U.S. military trainers in El Salvador", memorándum confidencial, 23 de septiembre de 1983. Liberado por FOIA.
 63. Rod Nordland, "How U.S. advisers run the war in El Salvador", *Philadelphia Inquirer*, 29 de mayo de 1983.
 64. Bonner, *Weakness and deceit*, p. 284.
 65. Julio de 1982, *Report on human rights*, pp. 215-216; McClintock, *The American connection*, pp. 347-348.
 66. Clements, *Guazapa*. Clements fue piloto de aviones C-130 en Vietnam.
 67. Frank Smyth, "Secret warriors", *Village Voice*, 11 de agosto de 1987, pp. 21-22.
 68. Frank Smyth, "Caught with their pants down", *Village Voice*, 2 de diciembre de 1989, p. 17.
 69. Coronel James Steele en Manwaring y Prisk, *Oral history*, pp. 363-364.
 70. James LeMoyné, "Rebels kill 43 Salvador troops and U.S. adviser", *New York Times*, 1 de abril de 1982.

- 1987; LeMoyné, "Salvador rebel infiltrators called key in raid on base", 2 de abril de 1987; John Borrell, "Bloody setback at El Paraíso", *Time*, 11 de abril de 1987.
71. Frank Smyth, "U.S. adviser comes under fire from rebels at salvadorean base", *Atlanta Constitution*, 23 de febrero de 1989.
 72. Bacevich y otros, "American military policy in small wars", p. 55.
 73. Énfasis añadido. Para detalles organizativos ver la discusión de la organización de la inteligencia salvadoreña del coronel Orlando Zepeda, en Manwaring y Prisk, *Oral history*, pp. 310-314.
 74. Doyle McManus, "U.S. pilots in Salvador missions", *Chicago Sun-Times*, 12 de marzo de 1984. Ver también Lydia Chavez, "U.S. steps up use of spying planes in Salvador war", *New York Times*, 30 de marzo de 1984.
 75. Robert S. Greenberger y Clifford Krauss, "Reagan plan to revive intelligence flights used by El Salvador prompts concern", *Wall Street Journal*, 8 de agosto de 1984. En octubre de 1984, cuatro agentes de la CIA murieron al estrellarse su avión de reconocimiento en el volcán Guazapa durante una tormenta. "Four CIA employees aiding El Salvador die in plan crash", *Washington Post*, 20 de octubre de 1984; Philip Taubman, "Reports of CIA connection overshadow death of a pilot", *New York Times*, 24 de octubre de 1984.
 76. Bacevich y otros, "American military policy in small wars", p. 39.
 77. Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 240.
 78. Memorandum secreto del asistente de misión Kenneth Bleakley para el embajador Dean Hinton, "Integrated plan - Status report No. 2", 18 de febrero de 1983. Liberado por FOIA.
 79. El coronel John Waghelstein en Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 224. El antecedente del plan nacional de campaña fue el programa de "pacificación rural", que Estados Unidos intentó aplicar en Vietnam, con consecuencias desastrosas para la población civil.
 80. Bacevich y otros, "American military policy in small wars", p. 81.
 81. "El Salvador: the national plan", memorándum evaluativo de U.S. AID, San Salvador, julio de 1985 (mimeo).
 82. Bacevich y otros, "American military policy in small wars", pp. 81-82.
 83. El memorándum evaluativo de julio de 1985 de la AID describió el papel integral del CONARA y afirmó que "el plan nacional se había extendido a siete departamentos", así como también sus recursos. Esta perspectiva rosada estaba poco relacionada con la realidad: el ejército no estaba haciendo avances relevantes contra el FMLN; "ni los corazones ni las mentes" estaban siendo ganados de ninguna forma.
 84. Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 233. El juez Clark era William Clark, un asistente especial de un amigo personal de Ronald Reagan.
 85. "El Salvador willing, Mrs. Kirkpatrick says", *New York Times*, 10 de febrero de 1983; Bernard Weinraub, "Reagan is seeking \$ 60 million more in aid to Salvador", *New York Times*, 27 de febrero de 1983.
 86. *Ibid.*, p. 102. John Waghelstein sobre el Belloso, citado en Bonner, *Weakness and deceit*, p. 277.
 87. Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 148.
 88. "U.S. aid to El Salvador: an evaluation of the past, a proposal for the future", p. 26. Ver la nota 33.
 89. *Proceso* (diciembre de 1983) 135: 12, 14.
 90. "Declaración del Comité de Prensa de la Fuerza Armada". Reimpreso en *ECA* (enero-febrero de 1984) 423-424: 110-111; *Proceso*, *ibid.*, pp. 14-15; "Contacto en Miami", (noviembre 14-20 de 1983) 132: 6.
 91. *Ibid.*, pp. 335-336.
 92. *Ibid.*, p. 471.
 93. Juan Orlando Zepeda, "Estrategia global revolucionaria y su aplicación en El Salvador", junio de 1988, pp. 21-22. Este es un análisis confidencial de 22 páginas sobre los antecedentes y la evolución del conflicto y de la estrategia global del FMLN, escrito por el alto mando salvadoreño.
 94. Smyth, "Caught with their pants down", p. 16.
 95. "Radio Farabundo Martí notices", 11 de noviembre de 1989.
 96. Esta información me la proporcionó Frank Smyth durante una llamada telefónica, el 26 de noviembre de 1990, y me la confirmó David Holiday, de la Washington Office on Latin America, el 27 de noviembre. Lo esencial de la propuesta de De Soto fue informado por Reuter, desde San Salvador, el 23 de noviembre.
 97. Manwaring y Prisk, *Oral history*, p. 437.
 98. Bacevich y otros, "American military policy in small wars", p. 93. Lo subrayado está en el original.
 99. Shafer, *Deadly paradigms*, p. 289.
 100. Carta de Michael Shafer al autor, 29 de noviembre de 1989. Estoy agradecida al Dr. Shafer por sus aportes y comentarios a esta sección.